RAQUEL

TRAGEDIA ESPAÑOLA

EN

TRES JORNADAS.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Habrá veinte años, que con motivo de representarse en algunas casas particulares de la Corte ciertas Tragedias Francesas traducidas al Castellano, se renovó la question sobre *si los Españoles teniamos talento tragico*, que antes se habia suscitado, con ocasion de asegurar el Colector del *Theatro Español*, que se publicó en Paris en 1738, ser este drama desconocido enteramente en España; cuya ligereza y falta de instruccion en nuestra Historia literaria demostró sobradamente Don Agustin de Montiano y Luyando en los dos *Discursos* que preceden a sus dos Tragedias, *Virginia y Ataulpho* publicadas en Madrid en 1750. con satisfacion de los buenos Españoles y no sin aplauso de los desapasionados Extrangeros.

Pero como estas dos composiciones no se libertaron del rigor de la Critica, aunque su autor procuró satisfacer á los reparos y notas que se le pusieron, quedó con todo eso algun escrupulo a los afectos a la Nacion, y no poco pretexto a los desafectos, para promover la ruin voz, de ser los Españoles incapaces de concluir una Tragedia con todo el rigor del Arte, y segun los reformados modelos de las Francesas.

Con este motivo se empeñaron nuevamente algunos ingenios; y desde entonces han salido al público la *Lucrecia*, la *Hormesinda*, la *Jahel*, los dos *Guzmanes*, *Sancho Garcia*, la *Numancia*, y otras que corren impresas; a las quales no falta verdaderamente merito ni recomendacion. Otras varias que no han sido impresas, quales son el *Pelayo*, las *Eumenides*, otra *Numancia*, y algunas mas que recatan sus autores, por no exponerse a la censura libre de los poetastros de que abunda el siglo, han sido tambien fruto de esta controversia.

Entonces se compuso igualmente la *Raquel*. Su Autor, como por distraccion de estudios mas severos, emprendió esta composicion, con el fin de hacer ver a sus amigos, y a algunos apasionados del Theatro Frances, que ni nuestro ingenio, ni nuestra Lengua, ni nuestra Poesia, debia en manera alguna ceder a las de otra nacion, aunque mas se precie de culta e instruida. Para esto eligió de intento uno de los hechos mas vulgarizados en nuestros Anales y Memorias, y repetidas veces puesto en el Theatro por nuestros ingenios.

Los Franceses siguiendo el estilo de los Griegos y Latinos, dividen en cinco actos sus Tragedias, en cuyas quatro secciones teniendo la libertad de abandonar el Theatro, y presentar en las primeras escenas personages distintos de los que hablan

blan

blan en las ultimas de los actos antecedentes, hallan un arbitrio que facilita maravillosamente la construccion y el enredo, ayudandose al mismo tiempo del interválo que media entre los actos, en cuyo espacio se suelen suponer acciones que dan facilidad increible a los Poetas.

Pero el Autor de la *Raquel*, privandose espontaneamente de un subsidio tan commodo, reduce a un solo acto toda su Tragedia: pues aunque está dividida en tres jornadas, si se examina con reflexion, se verá que ni se interrumpe la accion, ni cabe tiempo de una a otra jornada, ni menos se abandona el Theatro en los transitos de unas a otras.

Esta ley impuesta voluntariamente por el Poeta da un singular merito a su obra; en la que estan ademas de esto tan religiosamente observadas las decantadas unidades, que dudo haya otra en ninguna lengua en que se guarden tan exactamente.

Por lo demas la nacion ha hecho justicia a este poema: pues sobre haberse representado muy repetidas veces en quasi todos los Theatros del Reyno, y no pocas en los de fuera de él, corren mas de dosmil copias manuscritas por España, Francia, Italia, Portugal, y las Americas: de cuya multiplicidad se han originado las alteraciones que en ellas se notan, y manifiesta la reciente impresion hecha sin no-

ticia del Autor en Barcelona, en la qual las solas erratas de imprenta exceden acaso el numero de versos que contiene.

El Plan de la Tragedia es systema particular del Poeta, persuadido a que instruye mas, corrige mejor las costumbres y aun deleita mas el corazon humano el castigo del vicio y el premio de la virtud, que la compasion nacida de la representacion de la opresion de ésta, aun quando fuese capaz de mover tantas lagrimas, quantas bastasen a formar mil Guadalquivires.

ARGUMENTO.

Pues el Rey Don Alonso ovo passados todos estos trabajos en el comienzo quando reynó, e fue casado, fuese para Toledo con su muger Doña Leonor: e estando y, pagose mucho de una Judia que avie nombre Fermosa, *e olvidó la muger, e encerróse con ella gran tiempo en guisa que non se podie partir de ella por ninguna manera, nin se pagaba tanto de cosa ninguna; e estubo encerrado con ella poco menos de siete años, que non se membraba de si nin de su Reyno nin de otra cosa ninguna. Estonce ovieron su acuerdo los omes buenos del Reyno como pusiesen algun recaudo en aquel fecho tan malo, e tan desaguisado: e acordaron que la matasen, e que asi cobrarien a su Señor, que tenien por perdido: e con este acuerdo fueronse para alla, e entraron al Rey diciendo que querian fabrar con él; e mientras los unos fabraron con el Rey, entraron otros donde estaba aquella Judia en muy nobles estrados e degollaronla.*

Chronica General, part. 4. fol. 387. col. 2.

PERSONAS.

Alfonso Octavo, *Rey de Castilla.*

Raquel *Judia.*

Ruben *Confidente de Raquel.*

Hernan Garcia de Castro.
Alvar Fañez.
Garceran Manrique de Lara. } *Ricos Hombres.*

Castellanos.

Guardia del Rey.

Acompañamiento de Judios y Judias.

RAQUEL

TRAGEDIA.

JORNADA PRIMERA.

En el antiguo Alcazar de Toledo salon comun de Audiencia, con silla y Dosel Real en su fondo.

Salen GARCERAN MANRIQUE, *y* HERNAN GARCIA.

GARCERAN MANRIQUE.

TODA jubilo es hoy la gran Toledo:
el popular aplauso y alegria
unidos al magnifico aparato
las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años, que triunfante
le vió volver el Tajo a sus orillas,
despues de haber las del Jordan bañado
con la Persiana sangre, y con la Egypcia:
segundo Godofredo, cuya espada
de celestial impulso dirigida,
al cuello amenazó del Saladino,
tirano pertinaz de Palestina;
quando el poder, y esfuerzo Castellano
cobró en Jerusalén la joya rica
del Sepulcro de Christo con desdoro

del Frances Lusiñan antes perdida;
y hoy tambien hace siete, que postrado
el orgullo feroz de la Morisma,
le aclamaron las Navas de Tolosa
por sus proezas Marte de Castilla:
y ofreciendo los barbaros Pendones
por tapetes del Templo de Maria,
perpetuó de la hazaña la memoria
con la celebridad hoy repetida.
En confuso tropel el Pueblo corre
por ver á su Monarca, que este dia
dejandose gozar de sus Vasallos,
hacer mayor la fiesta determina.
La Corte toda al Templo le ha seguido:
y pues que nuestra falta conocida
no podrá ser en tanta concurrencia,
esperemos en estas galerias
a que vuelva; si quiere honrar el lado
de Garceran Manrique Hernan Garcia.

HERNAN GARCIA.

Si, Garceran: agradecido admito
tu cortés expresion; mas no repitas
memorias, que o del todo están borradas,
o tan notablemente obscurecidas.
Esperemos, sí, a ver con indolencia,
que en tan enorme subversion prosiga
el desorden del Reyno y su abandono,
del intruso poder la tirania,
el trastorno del publico govierno,
nuestra deshonra, el luxo, la avaricia,
y todo vicio en fin, que todo vicio
en la torpe Raquel se encierra y cifra:

en ese basilisco, que de Alfonso
adormeció el sentido con su vista
tanto, que solo son sus desaciertos
equivocas señales de su vida.
Siete años hace, que el Octavo Alfonso
volvió á Toledo en triunfos y alegrias,
y esos hace tambien que en vil cadena
trocó el verde Laurel que le ceñia.
¿Pues cómo, quando dices sus hazañas,
Garceran, no repites la ignominia,
con que hace tanto tiempo que en sus lazos
enredado le tiene una Judia?
¿Cómo, quando sus triunfos nos refieres,
la esclavitud ignominiosa olvidas
de la Plebe infeliz sacrificada
de esa Ramera vil á la codicia?
¿Cómo de la Nobleza y de sus fueros
omites el ultrage y la mancilla?
Reyna es Raquel: su gusto, su capricho,
una seña no mas ley es precisa
del Noble, y del Plebeyo venerada.
Estas hazañas añadir debias
a la Historia de Alfonso, si te precias
de ser, o Garceran, su Coronista.

MANRIQUE.

Permiteme admirar, el que asi olvides
la obligacion, Hernando, de la antigua
nobleza de tu sangre. Los leales
jamas acciones de su Rey critican,
aun quando el desacierto los disculpe.
Los Reyes dados son por la divina
mano del cielo; son sus decisiones

Leyes inviolables, y acredita
su lealtad el vasallo, obedeciendo.
Quien sus obras censura, quien aspira
a corregir sus yerros, el derecho
usurpa de los cielos, y aun vendria
a ser audacia atroz:::

GARCIA.

Quando se aparta
de lo que es justo el Rey, quando declina
del decoro, que debe á su persona,
lealtad será advertirle, no osadia.
En el excelso trono es donde debe
resplandecer mas tersa la justicia,
y un Rey con sus acciones mayor cuenta
debe tener: que el vicio que seria
apenas conocido en las Cabañas,
si en los Palacios reyna, escandaliza.

MANRIQUE.

El que profiera quexas:::

GARCIA.

No me quexo
de Alfonso yo: lamento la desdicha
de este Reyno infeliz, presa y despojo
de una infame muger prostituida:
del Rey el ciego encanto, las prisiones
con que esta torpe Hebrea le esclaviza:
la sobervia, el orgullo, el despotismo,
con que triunfa del Reyno cada dia.
La primera persona de la Corte
es Raquel: a su obsequio se dedican
los grandes y pequeños, que presumen
ser las bajezas puertas de la dicha.

¿Quién,

¿Quién, Garceran, no teme, aunque su ilustre
nacimiento y conducta le distingan,
caer en su desgracia? De su arbitrio
penden honor, hacienda, fama, y vida;
agotados del Reyno los thesoros
tiene su profusion: su altaneria
por sumision, adoracion pretende;
besarla el pie, doblarla la rodilla,
el medio de medrar es en la Corte.
¿Y esto los Ricos Hombres de Castilla
deben sufrir? ¿Es esto ser leales?
esto no es lealtad, es villania.

MANRIQUE.

Conozco tu razon; veo que Alfonso
hácia su perdicion se precipita:
de Raquel la injusticia considero:
pero Alfonso es mi Rey: Raquel me obliga
con beneficios: fiel y agradecido
debo ser á los dos; que ofenderia,
si obrara de otro modo, mi nobleza.
Mas Raquel sale.

GARCIA.

¡Qué desvanecida
la tiene su privanza y su fortuna!

MANRIQUE.

¡Qué belleza tan grave y peregrina!

GARCIA.

¡Y qué bien entre Godos capacetes
parecen, Garceran, tocas Judias!

Salen RAQUEL, RUBEN , *y acompañamiento de Judios y Judias.*

RAQUEL.

¡O Garceran!

MANRIQUE.

En hora buena salga
a dar esmalte nuevo al claro dia
la aurora de Toledo. Tantos siglos
gozes esa beldad , Raquel divina,
quantas arenas de oro el rico Tajo
revuelve en sus corrientes christalinas.

GARCIA.

¡Qué torpe adulacion!

RAQUEL.

Tanto agradezco,
Manrique, tu atencion, quanto me admira
ver , que los Ricos Hombres desamparen
de Alfonso el lado en tan notable dia;
y ociosos en las Quadras de Palacio
asistan, quando fuera mas bien vista
la asistencia á su Rey, en los que tanto
se precian de leales.

GARCIA.

¡ Qué osadia!

MANRIQUE.

Yo::: Raquel::: Mi respeto:::

GARCIA *a Manrique.*

Su respeto
los Nobles á su Rey solo dedican.

a

a Raquel.

Quando Alfonso en las Navas de Tolosa
esgrimió contra Alarbes la cuchilla;
o quando los persianos esquadrones
en los campos domó de Palestina,
entonces le segui, sin que á su lado
faltase mi persona noche y dia.
Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
que no hay fieros contrarios que le envistan;
y que guerras de amor solo sustenta,
no ha menester, Raquel, mi compañia.
Tropas de aduladores le acompañen,
de tantos que alimenta la codicia,
mientras viva en su Corte: que en campaña
siempre el primero fué Fernan Garcia.

RAQUEL.

¡Qué presuncion tan fiera! Tus razones
bien la aspereza barbara acreditan
de tu rustica cuna, y tu crianza.
Lo inculto de los Montes de Castilla
no llevan fruto menos desabrido
que tu barbaridad, y groseria.
Patria de fieras, y de atrevimientos
han sido siempre: bien lo califica
la avilantez con que de Alfonso el nombre
ha insultado tu voz. Y si se fia
en su piedad el grave desafuero,
con que a él te atreves, advertir debias,
que aunque piadoso, es Rey: que de su arbitrio
dependen las fortunas y las vidas:
y no estan muy seguras las del necio,
que no teme á Raquel por su enemiga.

GAR-

GARCIA.

¡Qué vanas amenazas! Los vasallos
que como yo su lealtad confirman
con tantas pruebas: que su sangre ilustre
en defensa de Alfonso desperdician;
aquellos que en sangrientos caractéres
de heridas por su nombre recibidas
llevan la executoria de sus hechos
sobre el noble papel del pecho escrita,
ni temen amenazas, ni calumnias,
por mas que les combata la malicia.
Pero a tí, a quien esteril de esos montes
el terreno parece, es bien que diga,
(para que de un error te desengañes)
que a esas montañas que desacreditas,
la libertad de España se les debe;
que en el Alarbe yugo gemiria
por ventura hasta hoy, si su aspereza
no hubiese producido esclarecidas
almas, que con valor y atrevimiento
sacudiesen del cuello la ignominia.
Y no cansado su feraz terreno
espiritus produce todavia,
que el vicio y la maldad abominando,
poderla derribar al fin confian
del supremo lugar, del alto asiento
que tan indignamente tiraniza. *vase.*

RAQUEL.

¿Qué esto sufra? ¿qué siendo yo de Alfonso
dueño absoluto, (acabenme mis iras)
a ultrajarme se atreva asi Fernando?
¿Visteis tal libertad? ¿tal osadia?

¿De

¿De qué el poder me sirve si a mis plantas
no ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
castigadas sus locas demasias.
¡O quánto Alfonso tarda! Ya el deseo.
de ver sus altiveces abatidas,
impaciente me tiene. Tú, Manrique,
advierte luego á Alfonso.

MANRIQUE.

Si te obliga
con esto mi obediencia, ya te sirvo. *Vase.*

RAQUEL.

¿Ruben, soy yo Raquel? ¿Soy quien solia
en el alma de Alfonso, y en su Corte
ser adorada en vez de obedecida?
¿Soy quien las riendas del govierno tiene
en sus manos? quien premia, y quien castiga?
Sacame ya, Ruben, de tanta duda:
que al verme así ultrajada y ofendida,
mi poder y mi suerte desconozco,
y pienso que no soy la que solia.

RUBEN.

No al enojo la rienda, Raquel bella,
sueltes así. De Hernando la osadia
honras con tu pesar. Yo te he criado;
por mi astucia, Raquel, y mi doctrina
te has dirigido en toda tu privanza,
desde el dia feliz, en que rendida
al imperio quedó de tu hermosura
de Alfonso Octavo la soberania.
Que acertados han sido mis consejos,
sus felices efectos acreditan.

Esta verdad supuesta ¿la venganza
no está en tu mano? ¿Pues por qué fatigas
tu corazon con tales sentimientos?
Muera Fernando, muera quien irrita
a Raquel, y si el Reyno se le atreve,
libre de su rigor no quede vida.
Pero sea, Raquel, con disimulo:
no armes con la amenaza la malicia:
sientan el golpe los que te ofendieren,
primero que el amago de tus iras.
Alfonso quanto pides te concede:
su corazon, su cetro y monarquia
riges a tu alvedrio. Pues si tanto
te puedes prometer ¿en qué bacilas?
Muera Fernando, el pueblo, la nobleza,
y si te ofende, abrasese Castilla.

RAQUEL.

Abrasese Castilla y muera Hernando:
si, Ruben: ¿Mas tan graves demasias
no deberán sentirse?

RUBEN.

No lo niego:
mas deberán hallarte prevenida.
Siempre al favor persiguen enemigos,
que es la privanza madre de la envidia.
Los Ricos Hombres tienes agraviados;
pues los honores que a ellos se debian,
por tu mano se dan a los Hebreos.
Si los ofendes tú, ¿qué maravilla
es que se quejen ellos? Mas ya el ruido
manifiesta, que Alfonso se avecina.
Ya llega.

RAQUEL.

Ahora de mi justo enojo
tendré satisfaccion: verá Garcia,
si se ofende a Raquel impunemente,
y si es bien temerario quien la irrita.

Salen ALFONSO, MANRIQUE, ALVAR FAÑEZ, *y acompañamiento.*

ALFONSO.

Apliquese al desorden el remedio,
Alvar Fañez, si da lugar la ira
al discurso.

RAQUEL *de rodillas.*

Admitid, amado Alfonso,
una alma: :

ALFONSO *apartandola.*

Raquel, calla: no prosigas:
no quando el corazon en iras arde,
ahogues las venganzas, que fulmina.
Segunda Troya al fuego de mi enojo
ha de ser hoy Toledo. ¿Quién creeria
tan aúdaz desacato? ¿Se ha olvidado
Castilla, de que Alfonso la domina?
¿Sabe que aquesta espada, aqueste brazo
es segur de la parca contra vidas
de traydores? y que: : Pero, ¿qué dudo?
Lugar no quede, puesto no se omita
sin exâmen: procurese el aleve
autor de aquella voz tan atrevida,
tan indigna de pechos Castellanos:
los complices se busquen, que la animan:

que á mi poder protesto, y a los cielos,
que el grave desacato escandaliza,
que ha de ser mi venganza y su castigo
asombro de Toledo, y de Castilla.
Parte tú, Garceran: Los sediciosos
asegura si puedes, ó averigua,
que ha de ver hoy España y todo el orbe,
si Alfonso Octavo de quien es se olvida.

MANRIQUE.

No quedará lugar que no se inquiera
en busca del traydor. *Vase.*

ALVAR FAÑEZ.

Tan conmovida
está Toledo, que será dificil,
poderla sosegar.

ALFONSO.

Pues mientras rija
este brazo el acero victorioso,
rayo que intentos bárbaros derriba,
tiemble Castilla, España, Europa, el Orbe
de Alfonso la venganza.

RAQUEL.

Sumergida
estoy en confusiones.

ALFONSO.

Tú, Alvar Fañez,
sigueme.

RAQUEL *deteniendole.*

¿Así, Alfonso, de mi vista
sin oirme te apartas? ¿En qué culpa
ha incurrido mi amor? ¿Tú te retiras
de mí, grave y severo? ¿Qué mudanzas
son

son aquestas, Señor?

ALFONSO.

Nada me digas;
aquesto es ser Alfonso desdichado,
y Raquel la ocasion de sus desdichas.

Vase con el acompañamiento.

RAQUEL.

¡Ay de mí! ¿qué he escuchado? Tú, Alvar Fañez,
explicame este arcano.

ALVAR FAÑEZ.

Pues te avisan
que eres tú la ocasion de tantos males,
la respuesta te puedes dar tú misma.

RAQUEL *a Ruben.*

¿ Estoy despierta, o sueño por ventura?

RUBEN.

No sé, Raquel: la misma duda agita
mi discurso y razon, imaginando
que es quanto he visto, sueño ó fantasia.

RAQUEL.

¿Qué especie de dolor tan inhumano
es este, o corazon, que por primicias
de los males y sustos que me aguardan,
me ofrece la tirana suerte mia?
¿Quién de tanto favor se prometiera
tan no esperada, tan mortal caida?
¿y quién hecha, fortuna, á tus alhagos
pudiera recelarse tal desdicha?
Alfonso me aborrece: sus desvios
de mis temores la verdad confirman:
¿pues cómo podrá ser ya venturosa,
la que se ve de Alfonso aborrecida?

¡Qué necio quien se fia de la suerte,
sin advertir, que el tiempo y que los dias,
que ciudades destruyen y edificios,
favores y privanzas aniquilan!
¿Qué causa puede haber, amado Alfonso,
para tanto desvio? ¿Mis caricias
en qué te han ofendido, que por premio
solo odio y desagrado se concilian?
¡Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
en buscar la ocasion de mis fatigas;
pues la suerte que empieza a perseguirme,
por doblarme el dolor, querra encubrirla.

RUBEN.

¿Así, Raquel, tu corazon desmaya
en tan fuerte ocasion, donde es precisa
la constancia mayor? En los principios
si un mal, aunque sea leve, se descuida,
fuerzas del abandono va cobrando,
que el remedio despues inutiliza.
Reciente es este mal; aun se está en tiempo,
de poderle acudir: quien averigua
la causa de un dolor, con mas acierto
aplicarle podrá la medicina.
Inquierase, Raquel, de esta desgracia
la ocasion; que despues de conocida,
sino cede á remedios ordinarios,
buscará los extremos mi malicia.

RAQUEL.

Bien, Ruben, me aconsejas: ¿en qué dudas?
al yugo vuelva la cerviz altiva,
segunda vez Alfonso: el fin se logre,
y el medio sea qualquiera, que tu elijas.

Li-

Licito es quanto sea conveniente:
propia moral de la venganza mia.

Ruido dentro.

¡Mas ay de mí! ¿Qué estrepito confuso
oirse deja? Al alma pronostica
el corazon, latiendo apresurado,
algun cercano mal.

RUBEN.

Ya mas distintas
se perciben las voces: nunca pruebas
mayores dió de sí la cobardía,
que al escuchar rumor tan temeroso.

Voz dentro.

Muera Raquel, para que Alfonso viva.

RAQUEL.

No es delirio: verdad es la que toco:
¿y esto sufre mi enojo? ¿esto mis iras?
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,
que si mi sangre a derramar conspiras,
verás que a costa de la tuya sabe
defender y guardar Raquel su vida.
¿Mas ay de mí infeliz! ¿a dónde corro
sin consejo, o Ruben? ¿Ya se averiguan
las causas del enojo y del desvio
de Alfonso? ¿Quién lo duda? Hernan Garcia
el pueblo ha sublevado. ¿Qué consejo
me das, Ruben?

RUBEN.

Ceder á la desdicha. *Vase.*

RAQUEL.

¿Tú tambien me abandonas?

Sale MANRIQUE.

MANRIQUE.

Si procusas
la vida conservar, que aquí peligra,
huye, Raquel; en la vecina Torre
de este Alcazar te salva: conmovida
está toda Toledo en daño tuyo;
huye del riesgo, el mal presente evita.

RAQUEL.

¡Ay de mí! ¿qué es posible lo que escucho?
¿Qué hicieses mutacion tan repentina,
engañosa deidad, que la que un tiempo
tanto elevaste, así la precipitas?
Mas si es fuerza ceder a la fortuna,
huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan
hoy a tus desventuras esas torres,
que fueron el teatro de tus dichas. *Vase.*

MANRIQUE.

Ya se fué. El alboroto va creciendo:
pero ya el Rey::::

Salen ALFONSO, ALVAR FAÑEZ, *y acompañamiento.*

ALFONSO *apresurado.*

¿Manrique::?

MANRIQUE.

¿Quién podria
persuadirse, Señor, tal desacato?
El pueblo, como el ruido lo publíca,

el Alcazar rodea: en grave riesgo
está vuestra persona: la atrevida
voz que se oyó en el templo esta mañana,
el vulgo alborotado avanderiza;
y quando yo pensaba contenerle,
como mandaste, ví que Hernan Garcia
el intento feroz acaudillando,
la accion acaloraba, y en la grita
era el primero á quien se le escuchaba:
muera Raquel, para que Alfonso viva.

ALFONSO.

¿Qué es esto? pudo Hernando (es increible)
cometer tan infame bastardia?
¿Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas
de su fidelidad, ahora conspira
contra mí? aquel Hernando:::?

MANRIQUE.

El disimulo
mas culpable, Señor, y mas indigna
hace toda traicion.

ALVAR FAÑEZ.

No así motejes,
si otra prueba no tienes mas precisa,
de Hernando el proceder.

MANRIQUE.

¿Tú le disculpas?

ALVAR FAÑEZ.

Yo de un noble jamas alevosias
me persuado, y el credito suspendo
en caso igual á la evidencia misma.

ALFONSO.

Pues yo por alevoso le declaro:

quien

quien tropas de traydores acaudilla,
quien a su Rey se atreve, no merece
otro nombre, otro trato, otra divisa.
Mas si es traydor Hernando, su garganta
el filo probará de mi cuchilla,
contra alientos y espiritus aleves
centella de las nubes desprendida.
Hernando muera, mueran los traydores
que me ofenden con él, y : : : :

Sale GARCIA.

GARCIA *arrodillandose.*

Bien fulminas
contra mí esa sentencia. Hernando muera:
en su sangre se embote la hoja limpia
de tu acero; pues siendo en tu desgracia
no apetece vivir Hernan Garcia.

ALFONSO.

¿Cómo, traydor?

GARCIA *poniendose en pie.*

Injustamente, Alfonso,
ese nombre me das; y pues te olvidas
de mi fe y lealtad, que bien debieras
tener con tantas pruebas conocidas,
escuchame, y suspende por un breve
momento los enojos que te incitan,
conocerás tu engaño, y la calumnia,
con que a mi honor se atreve infame envidia.

ALFONSO.

¿Qué disculpa has de hallar que abonar pueda
tu exceso, tu traicion, y tu osadia?

GAR-

GARCIA.

Sabrasla, si me escuchas.

ALFONSO.

Pues empieza:
aunque por este instante para oirla,
sin olvidar tu ofensa, mis enojos,
mi indignacion y mi furor reprima.

GARCIA.

Esa voz, que de escandalo y desorden
el viento puebla, o noble Alfonso Octavo,
Monarca de Castilla, quien por siglos
cuente el tiempo feliz de tu Reynado:
esa voz, que en el templo originada
profanó del lugar los fueros santos,
y de la Magestad los privilegios
tan injuriosamente ha vulnerado;
si el fin, si los intentos se exâminan,
y el zelo que la aníma contemplamos,
aliento es del amor mas encendido,
voz del afecto mas acrisolado.
Voz es de tus vasallos, que de serlo
testimonio jamas dieron mas claro,
que quando mas traydores te parecen,
que quando los estás mas infamando.
Estos, porque tu error se desvanezca,
los mismos son, que en tus primeros años,
quando para el recobro de tus Reynos
Marte armó de valor tu tierno brazo,
por tu amor derramaron de sus venas
la hidalga sangre: los que acompañando
el cruzado pendon en Palestina
Rey de Jerusalén te coronaron.

Es-

Estos los mismos son que al Luso altivo,
al bravo Aragonés con el Navarro,
fieros usurpadores de tus tierras,
echaron con baldon de tus estados:
los que postrando el Leonés orgullo
en Palencia y Simancas, desterraron
de Fernando el dominio o tirania,
que vínculos de sangre pretextando,
se arrogó tu tutela, quando fuiste
pupilo en nombre, en realidad esclavo.
Aquellos son, cuyas gloriosas armas
de Tolosa en las Navas, y en Alarcos
terror y afrenta tantas veces fueron
de inmensos esquadrones de Africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
por mi boca: los mismos que postrados
a tus pies el remedio solicitan
de extremos males, de insufribles daños.
Quan grandes estos sean, bien parece
que no hay necesidad de recordarlo,
quando para notarlos y advertirlos,
cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
te pintarán con infelices rasgos
la triste situacion en que se hallan
sus altivos espiritus gallardos.
¿ Pero cómo han de estar sino marchitos
campos a quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados

solo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel::: Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejas de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el Reyno tiraniza Castellano,
no solo de los Ricos Hombres triunfa,
no solo el pueblo tiene esclavizado,
no solo ensalza viles Idumeos,
no solo menoscaba tus erarios,
no solo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es mas) de Alfonso Octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
obscuramente yace en su ignominia,
siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
ya no es Alfonso Rey: aprisionado
le tiene entre sus brazos una Hebrea;
¿pues cómo ha de ser Rey el que es esclavo?
¿Estos los timbres son de tus victorias?
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿De este modo coronas tus hazañas?
¿Para esto de la fama al metal claro
diste gloriosa voz con tus proezas?
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
venciste Reyes, conquistaste Imperios?
Si: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados,

obs-

obscureciese, Alfonso, tu memoria,
deshonrase tu nombre, y tu reynado.
Si solo el fin los hechos califica,
¿qué sirven los principios acertados,
quando son desaciertos los extremos?
¿Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos años
llenases con tu nombre todo el orbe,
si es ignominia ya, lo que fué aplauso!
Recuerda pues de tan pesado sueño,
y sacudiendo ese infeliz letargo,
oye de tus vasallos los clamores,
si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
de comercio tan torpe, y los estragos
que va causando en los christianos pechos
del vil Hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora
de su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadia;
los medios culpo, quando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
si mi verdad necesitase pruebas,
algun adulador, que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
que en mí se compromete, yo me encargo
de exponerte las quejas, y motivos,
que ocasionan el barbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
ni me arrepiento, ni la accion retrato.
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
y el enojo y pasion te ciegan tanto,

que

que a castigar te incitan por delitos
las pruebas del amor mas acendrado,
esgrime ya los filos de tu acero
contra mi cuello fiel, que está esperando

Arrodillandose.

darte de mi lealtad el testimonio
postrero con la sangre confirmado.

ALFONSO.

¡Qué secreta violencia y poderio
encierra la verdad, o cielo santo,
que quando van a fulminar mis iras
venganzas, y castigos; quando el brazo
va a executar el golpe de su enojo,
queda al oirla inmovil y pasmado!

Alzando a Garcia.

¡Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene
la virtud. Ya su imperio soberano
en tus voces, Fernando, reconozco,
y adoro sus preceptos en tus labios.
¿Soy yo Alfonso? soy Rey? soy de Castilla
el invicto caudillo, y quien la ha dado
tantas victorias? Ya mi error conozco:
ya advierto mi pasion, veo mi engaño,
y ya, o divina luz, con tus reflejos
todo el horror descubro de este encanto.
Ya el letargo detesto en que he vivido:
ya, nobles y leales Castellanos,
sobre sí vuelve Alfonso a los avisos
que a sus errores vuestro amor ha dado.
Hoy vereis, que si escandalo del Reyno
ha sido su abandono tantos años,
la enmienda que medita, a borrar basta

del

del yerro la memoria y el retrato.
Salga Raquel del Reyno: los Hebreos
salgan tambien con ella desterrados;
que ni quiero delicias, ni riquezas,
si en perjuicio han de ser de mis vasallos.
Tú, Fernando, del pueblo conmovido
sosiega el alboroto; y tú entre tanto,
Alvar Fañez, dispon, que del destierro
se formalicen el decreto y bando.
Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces
supo triunfar de exercitos contrarios,
y añada a sus vasallos esta prueba
del amor que les tiene Alfonso Octavo.

GARCIA *arrodillandose.*

Permiteme, que el labio humilde imprima
en tu planta real.

ALVAR FAÑEZ *arrodillandose.*

Deja que dando
muestra de gratitud, mi gozo explique.

ALFONSO.

No os detengais; que el pecho atormentado
está en la dilacion.

ALVAR FAÑEZ.

Ya te obedezco. *Vase.*

GARCIA.

A executar, Alfonso, tus mandatos,
parto veloz. A tu benigno imperio
erigirá Castilla simulacros. *Vase.*

ALFONSO.

¿Qué es esto, Garceran, que por mí pasa?
Pero ¿qué dudo? Parte apresurado:
busca al punto a Raquel: di, que la espero.

MAN-

MANRIQUE.

Lo haré, como mandais. *Vase.*

ALFONSO.

¿Tiranos astros,
dónde llega el rigor de vuestro influxo?
¿Esta pena, este golpe reservado
me teniais? ¿Alfonso de sus fieles
Castellanos con tanto desacato
requerido? ¿No es este atrevimiento?
No: que la pretension es justa, y quando
con razon pide el subdito no ofende;
que de culpa le absuelve y atentado
lo justo de la instancia. ¡Qué congojas,
qué pasiones y afectos tan contrarios
atormentan al alma! ¿Qué es posible
que a su Reyno motivo Alfonso ha dado,
para que a su decoro se le atreva?
Mas ¡o quán neciamente que lo estraño!
¿No se ha olvidado Alfonso de sí mismo?
¿pues qué mucho es, le olviden sus vasallos?
¿Pero Raquel no sirve a mi locura
de disculpa? ¿El dulcisimo milagro
de su beldad::? ¡O suerte rigurosa!
¡con quanta confusion lidio y batallo!
¿Pero no soy Alfonso? ¿De Castilla
el Monarca no soy? Ceda al sagrado
ser de la Magestad un vil afecto.
Las debiles pasiones de lo humano
a la vista del solio desparezcan.
Deshaga de mi juicio los nublados
la luz de la razon, que ya despierta
del letargo mortal de tantos años.

Pero aqui Raquel sale.

Sale Raquel.

Raquel.

En tu presencia
a Raquel tienes ya: del vulgo ayrado
entregala al furor y la venganza:
redime tu peligro con su daño.
¿No me llamas para esto? ¿Esta fineza
no es el premio que tienes preparado
a mi amor? ¿En qué dudas? Raquel muera:
muera, pues en amarte, te hace agravio.

Alfonso.

¡Quánto, hermosa Raquel, mi amor ofendes!
No añadas al dolor que sufro y paso,
de tu insulto el rigor y tirania.
¡Yo darte a tí la muerte! ¡yo que te amo!
¡que solo a influxo de tus ojos vivo!
¡que apetezco la vida solo, en quanto
ofrenda puede ser de tu belleza!
¿Tal presumes de mí? ¡O quán contrario
es mi intento, Raquel! Salvar tu vida
a costa de la mia, es lo que trato.
El Pueblo, (ya lo ves) que Raquel muera,
o salga de Toledo, está clamando.
¡O qué extremos, Raquel, tan rigurosos!
¿Quién el medio hallará de conciliarlos?
Mi valor y poder no son bastantes
a refrenar su orgullo. Si retardo
cumplir su gusto, a su furor te expongo:
si de mi Alcazar, o Raquel, te aparto,

cier-

cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
muera yo si a Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.

RAQUEL.

¿Que en fin dispones,
apartarme de tí?

ALFONSO.

El rigor del hado,
mi desgracia pronuncia esta sentencia;
el Pueblo te condena, no mi labio.

RAQUEL.

Tropas son de traydores sediciosos.

ALFONSO.

Si; pero prevenidos y arrestados.

RAQUEL.

Pues castiga su loco atrevimiento.

ALFONSO.

Quando fuera posible executarlo,
temiera que la mina rebentára,
y causase en tu vida mil estragos.

RAQUEL.

Desecha ese temor: arma tu diestra;
y si acaso el horror te oprime tanto,
que tu antiguo valor inhabilita,
por tí este empeño tomará mi brazo.
Pues si enciendo la colera en mi pecho,
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semiramis segunda hoy en Toledo
a tus pies postraré quantos osados,
quantos rebeldes, quantos alevosos
aliento dan al sedicioso bando.

ALFONSO.

Deten, Raquel, la planta: no al peligro
asi te precipites sin reparo.
Que te ausentes, es fuerza.

RAQUEL.

¿Tú lo mandas?

ALFONSO.

Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

RAQUEL.

¿Tú en fin, para que muera, me destierras?

ALFONSO.

Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
a morir de esta ausencia, me condeno.

RAQUEL.

¿Que no hay remedio?

ALFONSO.

Yo ninguno alcanzo.

RAQUEL.

¿Y quándo he de partirme?

ALFONSO.

Luego al punto:
pues quanto mas, Raquel, se alargue el plazo,
corres mayor peligro. ¡Quántas ansias
siente mi corazon, al pronunciarlo!
A Dios, Raquel.

RAQUEL *deteniendole.*

¿Que en fin asi me dejas?
¿El cariño, Señor, de tantos años,
de tanto amor las prendas no te mueven?
¿Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
desatiendes asi?

ALFONSO.

¡Suerte enemiga,
a qué ocasion tan fuerte me has guiado!

RAQUEL.

¿Qué resuelves en fin?

ALFONSO.

Que partas luego.
Mas ¡ay de mí! que aqueste duro fallo
contiene la sentencia de mi muerte.
¿Pero en qué me detengo? ¿en qué reparo?
Huya Raquel a conservar su vida,
mientras queda a morir Alfonso Octavo. *Vase.*

RAQUEL.

Pues ya, Alfonso, que ingrato me abandonas,
desatento, cruel, y temerario,
si me has amado, si en tu aleve pecho
de aquel volcan amante queda rastro,
permita el Cielo que estas cosas mira,
y está tu ingratitud considerando,
pases por el dolor de verme muerta
al acero cruel de tus vasallos:
que queriendo vengar estas ofensas,
no logre tu rigor executarlo;
que mi sombra interrumpa tu reposo,
y que en pesar continuo y largo llanto
llores la desventura, ingrato Alfonso,
que Raquel, por amarte, está esperando.

RAQUEL.

JORNADA SEGUNDA.

Salen RAQUEL, *y* RUBEN.

RUBEN.

¿COMO en inutil llanto el tiempo pierdes,
engañada Raquel? ¿Asi remedias
la ruina y eversion del pueblo Hebreo?
¿Asi Raquel, redimes las miserias
de tu infeliz Nacion? ¿Asi el injusto
bando revocas? ¿De esta suerte piensas
volver a tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
que cifran en tu influxo sus alivios,
atiendes de este modo? el llanto dexa:
dexa inutiles quejas y sollozos
a mejor ocasion, y considera,
que el general destierro, que esperamos,
atemoriza a todos, y consterna.
El pacifico hogar, el quieto albergue
edificados por las manos nuestras,
quedarán de su dueño abandonados
a injusto poseedor; y las riquezas,
que acumuló la industria y la fatiga,
apagarán su avara sed apenas.
Consideranos ya, que fugitivos

pe-

peregrinamos apartadas tierras,
y entre barbaros dueños arrastramos
del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jovenes, mugeres
de la suerte, que aguardan, se lamentan,
y el triste sollozar del Idumeo
musica es, que al Castellano alegra.
Reprime pues el llanto, y si pretendes
templar con él lo acerbo de tus penas,
reservale a ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
las perlas, que aqui viertes sin provecho,
de nuestra libertad rescate sean.

RAQUEL.

No, Ruben, con tan frivola esperanza
aumentes mi dolor: deja a mi pena,
que goce del alivio, que la suerte
por unico recurso la reserva.
Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
corren ya aqui. Mis lagrimas que fueran
bastantes otro tiempo a dar al mundo
sentimiento y dolor, ya se desprecian:
ya en vez de compasion iras concitan.
Quando Alfonso otra vez solo por ellas
la guerra declarára al Universo,
del Tajo undoso la dorada vena
retroceder hiciera hacia su origen,
la noche en claro dia convirtiera;
tanto en tan breve tiempo se ha mudado,
tan otro está, que juzgo se deleyta
en verlas derramar. Prueba costosa,
¡ay memoria infeliz! cruda experiencia

 vie-

vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
de lo poco que puedo, y valen ellas.
En medio de mis lagrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
de su boca, Ruben, de mi destierro
he escuchado yo misma la sentencia:
de sí Alfonso me aparta riguroso.
Mira, si es bien, que de su mal se duela,
o que admita esperanzas de consuelo,
quien tan contraria suerte experimenta.

RUBEN.

No tan contraria es, como imaginas.
Los males quando a ser extremos llegan,
como pasar no pueden de aquel punto,
que empiecen a ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desayre mayor has tolerado:
ya no hay (creeme Raquel) cosa, que temas:
ya Alfonso arrepentido por ventura,
medios inquiere de templar tus quejas.
Solo de Rey respetos le contienen:
y si estos le obligaron a que hiciera
contra tu amor esfuerzos tan violentos,
no dudes, que en su pecho las centellas,
que apagar pretendió un temor en vano,
libre ya de él con mas furor se enciendan.
Hondas raices el amor ha echado
en el alma de Alfonso: no se quiebran
cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan facilmente como piensas;
ni se puede borrar tan brevemente
la estampa, que en el pecho dejó impresa
pasion tan generosa; pues no bastan

sustos, temores, sobresaltos, penas,
disgustos, amenazas, desventuras,
ni quantos males la naturaleza
por mayorazgo repartió á los hombres,
a retraher a quien amó de veras.
En tí la prueba tienes. Si del mundo
el dominio absoluto te ofrecieran:
si quantas perlas el Oriente envia,
quanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
purpuras Tyro, olores el Sabéo,
el Turco altombras, el Persiano telas,
quanto tesoro encierra en sus abismos
el hondo mar, y quanta plata, cuentan,
sudaron los famosos Pirineos,
quando Vulcano liquidó sus venas:
Si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
el amor desdeñases, te ofrecieran,
¿te moveria acaso? ¿le dejáras?
¿pudieras olvidarle? Pues si encuentras
ese imposible en tí; ¿cómo presumes,
que Alfonso, cuya amante pasion ciega
exemplo singular ha sido al orbe,
olvidarse de sí tan breve pueda?
Delirio es de tu amor tal pensamiento:
recobra la esperanza, y aprovecha,
si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda.

RAQUEL.

¿Pues puedo prometerme algun remedio
a tan extremo mal?

RUBEN.

La diligencia

madre es de la ventura.

RAQUEL.

¿Y la que tiene
del rigor de su suerte tantas pruebas,
no será necia, en esperar venturas?

RUBEN.

Necedad es mayor, creer, que deba
favorecer la suerte al negligente.

RAQUEL.

Quando remedio ya ninguno queda,
¿no es prudencia ceder a la desgracia?

RUBEN.

Pero ninguno llamará prudencia,
persuadirse, que son irremediables
los males de la vida. No hay adversa
fortuna, que la industria no deshaga,
o modére a lo menos.

RAQUEL.

¿Pues se encuentra
alguna, que remedie tan gran daño?

RUBEN.

Si, Raquel, si a mi arbitrio te sujetas.

RAQUEL.

¡Ay, Ruben! mi esperanza a nueva vida
con tu discurso has vuelto. Ya se auyentan
con tus consejos sabios mis recelos,
mi temor con tus graves advertencias.
Dispon, Ruben, Raquel obedecerte
solo sabrá.

RUBEN.

Pues si a mi arbitrio dejas
de esta accion el govierno, nada dudes;

cuen-

cuenta como lograda ya la empresa.
Alfonso compelido del respeto
de sus Vasallos hace resistencia
a su amor, y en su quarto retirado
finge desvios, desamor afecta.
Pero yo sé, Raquel, que interiormente
por verte muere, por hablarte anhela,
y que hasta conseguir desenojarte,
juzga las breves horas por eternas.
Batalla con afectos diferentes
el corazon del hombre; mas si llega
a tomar el amor en él partido,
por él el campo y la victoria quedan.
Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte:
y si hiciere a su amor tan grave fuerza,
que el impulso quebrante de su afecto,
supla esta falta nuestra diligencia.
Necesario es que a Alfonso te presentes,
antes que se efectue nuestra ausencia;
que de esto solo pende la esperanza
y en esto el logro della se interesa:
pues si vuelve otra vez a verte Alfonso,
dificil es que a abandonarte vuelva.
Resuelvete: y en tanto tus pesares
a quantos de ellos informarle puedan,
ostenta, y exagera astutamente.
Haz, Raquel, aparato de tus penas:
lean todos tu enojo en tu semblante:
tu dolor todos en tus ojos vean.
Esto conviene.

RAQUEL.

Pues si asi conviene,

y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia,
hasta que llegue el lance que meditas,
los aires inchiré con mis querellas,
molestaré la tierra con mis voces,
y aun sembraré en los cielos mis endechas. *Vase.*

RUBEN.

Si, Raquel: Que si ayuda la fortuna
mis prevenciones, o he de hacer que vuelvas
a ser segunda vez dueño de Alfonso,
o he de perder la vida en esta empresa.
Mas ¡ay de mí! que aunque me aliento en vano,
lucho con mil recelos y sospechas,
y de un tragico fin o desventura
el justo horror de confusion me llena.
Que lidiar contra un vulgo alborotado,
oponerse al poder de la nobleza,
y mantener una privanza injusta,
¿quién sino un despechado lo emprendiera?
¿Pero qué importa aventurar la vida?
Aventurese todo, Raquel tenga
segunda vez de Alfonso el alvedrio;
que si esto se consigue, ya te queda,
Ruben, abierto campo á tus venganzas.
Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,
y quantos Ricos Hombres en Castilla
contraponerse a mis intentos puedan.
Yo haré que en recompensa de su agravio
pida Raquel a Alfonso sus cabezas,
y que reos de estado por mi industria,
les dé amor vengativo la sentencia.
¿Mas dónde Garceran apresurado
asi corre? Perpetuas compañeras

son

son de la iniquidad las inquietudes:
siempre el malvado lidia con sospechas,

Sale MANRIQUE.

MANRIQUE.
¿Ruben, has visto al Rey?

RUBEN.
En su retrete,
segun acabo de informarme, queda.
¿Mas qué motivo asi te precipita?

MANRIQUE.
El ganar las albricias de la nueva,
de que ya está Toledo sosegada;
y el que antes era todo turbulencias,
ya es theatro de aplausos.

RUBEN.
¿Pues qué causa
pudo mover pasiones tan opuestas?

MANRIQUE.
El haber ofrecido Hernan Garcia
de Raquel el destierro, y tu cabeza.

RUBEN.
¿Mi cabeza, Manrique?

MANRIQUE.
No lo dudes.

RUBEN.
Qué dices?

MANRIQUE.
Que a tí el Pueblo te condena.

RUBEN.
¡A mí! ¿Por qué razon?

MAN-

MANRIQUE.

Porque a tu influxo
de Raquel atribuyen las violencias:
su rigor, su codicia, sus audacias
obras de tu enseñanza consideran,
y el encanto y prision de Alfonso Octavo
lecciones aprendidas en tu escuela.

RUBEN.

¡Yo, Manrique::! Si el Cielo:::

MANRIQUE.

Esas disculpas,
con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Dueleme tu desgracia; mas no alcanzo,
a remediarlas, asi no me detengas;
pues yo sirvo a mi Rey. Solo un consejo
darte podre de mi amistad por prueba;
y es, que en las desventuras declaradas
oponerse a la suerte, es imprudencia. *Vase.*

RUBEN.

¡O Cortes, o Palacios, centro infame
de engaños, falsedades y cautelas!
¡quan a mi costa llego a conoceros!
Si este, que debe toda su opulencia,
su valimiento y auge a mis influxos,
asi me corresponde; ¡quanto yerra,
quien de aulicos confia en esperanzas,
quien cree cortesanas apariencias!
¿Mas cómo en reflexiones importunas
malogro el tiempo? El Pueblo mi cabeza
está pidiendo; yo la causa he dado:
el riesgo es conocido, y está cerca.
¿Qué arbitrio me darás, ingenio mio,

pa-

para librarme de ocasion tan recia?
¡ May ay de mí! que el cielo acaso quiere
dar a mi iniquidad la justa pena,
y cansado tal vez de tolerarla,
pretende hacer de su justicia muestra.
Escarmienten los malos en mi daño,
y en mi desdicha la impiedad aprenda,
que no siempre se peca impunemente;
y que si acaso el santo cielo deja
correr tras de sus vicios los mortales,
es por darles lugar para la enmienda,
y que su tolerancia justifique
en medio de las iras su clemencia.
Pero del Rey las Guardias se descubren.
¿ Qué es esto? Triste corazon, alienta;
que pues Alfonso, al publico se ofrece,
aun queda a mis astucias franca puerta.
Venga, Raquel: renueve su hermosura
la antigua llaga, que a cerrarse empieza,
y Fenix hoy amor entre cenizas
nuevo ser, nueva vida a cobrar vuelva.

Sale la GUARDIA.

GUARDIA.

Despejad.

RUBEN.

Ya en el campo de batalla
tienes al enemigo. Ultima prueba
esta es de tu poder, astucia mia.
Refuerza, amor, tus vencedoras flechas
á favor de Raquel, porque en Toledo

se

se tremole hoy triunfante tu vandera. *Vase.*

Salen Alfonso y Manrique.

Alfonso *a la Guardia.*

Retiraos.

a Manrique.

¿Qué en fin ya se ha aplacado
el furor de la Plebe?

Manrique.

La presencia
de Hernando refrenó sus osadias;
que solo su valor las contubiera.
Y porque mas afianzada quede
la publica quietud, las cien banderas,
y los dos mil Ginetes destinados
y prontos a marchar ya sobre Cuenca,
del Campo de la Sagra en que se alojan,
sobre Toledo vuelven; y la fuerza
ocupada, Señor, de San Cervantes
con el nuevo presidio, ya no queda
motivo de temer; por mas que intente
segunda novedad la Plebe inquieta.

Alfonso.

¡O suerte miserable de los Reyes,
quán vanamente el fausto os lisonjea,
si juzgais, os exime de cuidados
el poder, la corona, y la opulencia!
¡O nombre ciegamente apetecido!
¡O titulos pomposos de grandeza,
solo sonido, vanidad y viento!
¿Quién, que os conozca, habrá que os apetezca?

¿Pues

¿Pues qué sirve el poder en los Monarcas,
si siempre el Rey en sus acciones queda
sugeto a la censura del vasallo,
que injusto las abona, o las reprueba?
¿Qué sirve la Corona, si su engaste
es de la voluntad fuerte cadena,
prision equivocada con imperio,
y esclavitud llamada independencia!
¿Para qué es la opulencia, si los graves
cuidados, que a los Reyes nos rodean,
tiranizan el gusto de gozarla,
ocupandole siempre en estenderla?
¡O fortuna envidiable del villano,
contento en la humildad de su bajeza,
y libre de los sustos y desvelos,
que de continuo al poderoso cercan!
¡O mesa venturosa, que guarnece
grosero plato de paterna herencia,
que convierte en sabroso y delicado
aquel placer, que a tu contorno vuela!
Pagiza habitacion de la alegria,
a cuyo umbral humilde nunca llega
ni de la envidia el tiro venenoso,
ni el impetu cruel de la soberbia.
¡Quánta ventaja haceis a los altivos
Alcazares Reales, que aposentan
por huespedes perpetuos de sus techos
desvelos, sinsabores y sospechas!
¡Quán libremente sus deseos goza
el simple labrador, cuya pobreza
ni excita emulacion en sus iguales,

ni en los mas poderosos competencia!
Si al pellico y cayado el cetro de oro,
la purpura Real trocar pudiera,
¡quán ventajoso el cambio juzgaria!
¡Con quánta libertad en las florestas
del amor solamente frequentadas
gozára tu hermosura, Raquel bella!
Nunca de estado la razon tirana
tanto bien, tanta gloria me impidiera.
¡O suerte! O condicion! ¡O Reyno, quanto,
me debeis, si á Raquel por causa vuestra
de mí separo! ¿Pero qué pronuncio?
¿Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?
No: que mi vida pende de sus ojos:
no: que en su pecho mi alma se aposenta.
Mas la razon, el Reyno, mis vasallos,
mi honor, su misma vida, las estrellas,
todo influye en su ausencia. ¡O suerte injusta!
¡O cruel dolor! ¡O barbara violencia!

MANRIQUE.

No deis lugar, Señor, a reflexîones,
que aumentan vuestro mal y vuestra pena.

ALFONSO.

Deja, Manrique, que mi mal me aflija;
deja, que mis dolores cobren fuerzas;
deja, que mi pasion me martirice.

MANRIQUE.

Mirad, Señor, que vuestra vida:::

ALFONSO.

Deja,
que avivando el dolor y sentimiento
el fuego, que en mi pecho se alimenta,

en las aras de amor mi triste vida
ofrenda noble, y holocausto sea.
Porque vea Raquel, que si ha podido
el cuerpo separar la suerte adversa,
el alma no; que libre de embarazos
a Raquel volará como a su esfera.
¡O dias miserables, de horror llenos,
llenos de lutos, llenos de tristezas,
los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
¡O eternas noches, de dolores llenas,
aquellas, que tu ausencia lamentando,
pasaré en largo llanto y mudas quejas!
Garceran, si el amor que me has debido,
quieres pagar; con sola una fineza
saldrás de obligaciones. Con tu acero,
abre este pecho, rompeme las venas;
mi espiritu desata de estos lazos;
dame, dame la muerte: no suspendan
la execucion respetos de vasallo:
piedad será esta vez lo que otra fuera
el delito mayor, pues se redimen
con solo un mal inmensidad de penas.

MANRIQUE.

No asi ofendais, Señor, mi amor y celo
con proponerme acciones tan violentas,
tan fuera de razon, y desusadas.
Volved en vos: desvaneced ideas,
que os turban la razon y los sentidos:
conservad vuestra vida; ved, que en ella
se cifra el bien de todo vuestro Reyno.
Y si el amor, si la pasion os ciega
tanto, que a riesgo ponga vuestra vida,

porque esta se conserve, todo ceda;
todo ceda, Señor, á vuestro gusto:
¿Pensais, que puede haber, quien no prefiera
tanto bien á qualquiera otro respeto?
Yo os lo afirmo, Señor: todos desean
que vivais a Castilla largos siglos.
Ademas de que ya las tropas cerca
de Toledo, y la plebe sorprendida,
no queda que temer. Y antes debiera
de Raquel el destierro revocarse
en obsequio, Señor, de vuestra regia
autoridad que queda desayrada
de otro modo.

ALFONSO.

¡Qué en vano me aconsejas!
En vano tu lealtad, tu amor y celo,
quiere templar lo acerbo de mis penas.
¡Cómo! ¿podré olvidar de mis vasallos
la justa pretension? ¿Bien visto fuera,
que quando ellos por mí se sacrifican,
de lealtad siendo exemplo, y de fineza,
como tu dices, yo correspondiese
a tan notable fé, abusando de ella?
No, Garceran: los cielos no permitan,
que yo amancille con accion tan fea
la historia de mi vida desdichada.
Y pues remedio ya ninguno queda,
acabame, o dolor: dame la muerte,
serás piadoso aquesta vez siquiera.

MANRIQUE.

Apartad ya, Señor, el pensamiento
de tan tristes objetos.

ALFONSO.

Mal penetras
del mal, que me fatiga y acongoja,
el rigor, la cruel naturaleza.
Si el enfermo, que siente lastimada,
una parte del cuerpo, aunque no sea
de las mas principales, no es posible,
que el pensamiento de su mal divierta;
quien tiene como yo llagada el alma
de herida tan antigua y tan acerba,
¡cómo podrá, Manrique, distraherse
insensible al dolor, que le atormenta?

MANRIQUE.

Mirad, que llega gente.

Sale un GUARDIA.

GUARDIA.

Para hablaros,
espera, que la deis, Señor, licencia
Raquel.

ALFONSO.

¡Qué es lo que escucho? Fuerte lance
me preparas, fortuna: cruda guerra
vas a moverme, amor, en este encuentro.
¿Pero qué riesgo hay ya, quando no queda
a la revocacion arbitrio alguno?
¿Y no será crueldad, que quando llega
Raquel a suplicar a Alfonso Octavo,
ni aun admitirla a su presencia quiera?
¿Qué dudo pues? Decid, que Raquel llegue.

Vase la Guardia.

MANRIQUE.
Ya con Ruben, Señor, aqui se acerca. *Vase.*

Salen RAQUEL, RUBEN, *y acompañamiento de Judías.*

RAQUEL *de rodillas.*
Si presumis, Señor, que a vuestras plantas
segunda vez me trahe aquel designio,
de que anuleis el rigido decreto
de mi ausencia, o mi muerte, que es lo mismo::
ALFONSO *alzando á Raquel.*
¡Ay de mí! Alzad del suelo: ¡Raquel llora!
Mucho de tí recelo, valor mio.
Proseguid pues. ¿Qué es esto, duros astros?
¿Qué os deteneis?
RAQUEL.
Oid, que ya prosigo.
Si presumis, Alfonso, que este llanto,
si pensais, que estos debiles suspiros,
prendas en otro tiempo inestimables,
quando suerte mejor, y el cielo quiso;
vienen acaso, a ser intercesores
entre vuestro rigor y mi delito,
(si haber correspondido a vuestro afecto,
merecer puede nombre tan indigno)
no lo temais. Mi llanto mis sollozos
solo son expresion de mi martirio,
vapores, que a los ojos ha exhalado
la amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento a vuestra vista
vuelvo, Señor: pues si antes he pedido,

sus-

suspendierais el orden de mi ausencia,
llevada de mi amante desvario;
ya con mejor acuerdo solo trato,
de cumplir vuestro gusto, y solo aspiro,
a dar la ultima prueba en mi obediencia
del amor, con que siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato,
la vida ha de costarme, quando miro,
que no pueden cortarse a menos riesgo
lazos, que tanto amor y tiempo ha unido.
Mas si en esto, Señor, de mi fineza
los subidos quilates acredito,
dulces serán los ultimos tormentos,
si han de manifestar, quanto os estimo.
Males no habrá, de quantos me propone
la triste idea del destierro mio,
que no les dé accidentes del deleyte,
el ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad, que me amenaza
en la mortal ausencia, que medito,
será recreacion del pensamiento,
al contemplar sois vos, quien la ha querido.
El cansancio, Señor, la grave angustia
de mi espiritu vago y peregrino
trocará las congojas en descanso,
y hará de la fatiga misma alivio:
y los insultos, a que quedo expuesta,
del feroz vulgo adularán mi oido,
viendo, que aborrecerme asi les mueve
de su Rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inescusable,
ausentarme de vos, pues mi peligro,

la voz del pueblo, su quietud, los cielos
lo tienen decretado, y convenido;
si algun merito tiene, amado Alfonso,
tan constante pasion, amor tan fino,
de tantos años la correspondencia,
la noble emulacion, con que habeis visto,
mi ternura, y la vuestra competirse,
votos con tal desgracia repetidos,
tantas promesas por mi mal frustradas,
con que no pienso ya reconveniros,
pues me tiene tomados mi desdicha
de qualquiera esperanza los caminos;
en recompensa solo una fineza
me atrevo a suplicaros y pediros,
cuyo derecho no podrá usarparme
el rigor de esta ausencia o exterminio.
Esta es, Alfonso, que, pues no es posible
apagar esta llama, que respiro,
de mi pecho arrancar vuestro retrato,
ni de mi pensamiento este delirio,
os deba esta infeliz, que asi os adora,
un recuerdo tal vez, que fuisteis mio,
que en los años dichosos, que me amasteis,
y yo fui vuestra, pudo el amor mismo
ternezas aprender de mis afectos:
que siempre el mio fue vuestro alvedrio,
y finalmente que por adoraros,
ausente, triste y desterrada vivo.
Esto, Señor, mis lagrimas pretenden:
Este el intento es, que me ha traido,
a causaros molestias con mi vista,
y esto lo que por último os suplico.

Es-

Esto hará mis tormentos menos graves,
mis males menos duros y prolijos,
y aborrecible menos este aliento,
mientras la parca tuerza el vital hilo.
Y pues instan, Señor, inconvenientes,
temores, sobresaltos y peligros
a que me ausente, ¡ay Dios, quántos ahogos
el espiritu siente al proferirlo!
dadme, Señor, licencia; y este llanto,

Arrodillase.

ultima ofrenda, que a mi amor dedico,
os quede por seguro, que ni el tiempo,
destierro, ausencia, penas, ni martirios,
recelos, amenazas, ni desastres,
ni de la muerte el riguroso filo
serán bastantes, a borrar del pecho,
de tanta fé deposito y archivo,
la imagen vuestra, que por tantos años
labró el amor, el trato y el destino.

ALFONSO.

¿Qué es esto, sacros cielos? ¿Qué centella,
qué extraordinario ardor no conocido
a mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
tu llanto, y tu dolor? ¿Quándo se ha visto
sino en mi daño tan estraño exemplo?
¿fenomeno tan raro y peregrino?
Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
suspende los raudales: no abatido
tengas el cielo, de quien eres copia.
No desperdicies los tesoros ricos
de tus preciosas lagrimas: recoge
al lastimado pecho los suspiros.

De-

Deja el llanto y dolor, deja la pena
a este infeliz, a quien el hado impio
maltrata con rigor tan importuno.
A mí, a quien el perderte, es ya preciso,
y muriendo vivir en esta ausencia,
corresponde, Raquel, este exercicio.
Segura partir puedes, de que en quanto
este espiritu rija el condolido
cuerpo, que tantos males debilitan;
su alimento será y manjar continuo
llanto y dolor, pesar y sentimiento.
¡Mas ay de mí infeliz! ¿Qué he proferido?
¿Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
¿Yo puedo proponerlo, y consentirlo?
¿Yo, que aliento al influxo de su vista?
¿Yo, que, en fé de que me ama, solo animo?
No es posible, ni el cielo lo consienta.
Raquel, no has de partir: antes el hilo
se corte de mi vida.

RAQUEL.

¿Qué he escuchado?
¿Qué pronunciais, Señor? ¿No sois vos mismo,
quien ha determinado mi destierro?

ALFONSO.

Fue atentado, fue error, fue desvario.

RAQUEL.

¿Pues vos no me intimasteis la sentencia?

ALFONSO.

No lo puedo negar: temor lo hizo.

RAQUEL.

¿No os mostrasteis de piedra á mis razones?

AL-

ALSONSO.

O no era yo, o estaba sin sentido.

RAQUEL.

¿No sois vos mismo, quien me aconsejaba?
¿No sois aquel, que astutamente fino
me pintaba los riesgos?

ALFONSO.

Verdad dices:
tenlo por sueño, tenlo por delirio.

RAQUEL.

¿No despreciasteis mis reconvenciones?
¿No os vi sordo a mis llantos y gemidos?
¿Por fin de mí no huisteis?

ALFONSO.

¿Qué mas quieres,
Raquel, si te confieso mi delito?
Sirvame este rubor, esta verguenza,
que paso al confesarlo, de castigo.
Errores son, que debes disculparlos,
pues tuvieron, de amarte, su principio.
Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
de mis ojos; contempla mi martirio.

RAQUEL.

¡Con qué facilidad un pecho amante,
si está tan empeñado como el mio,
admite las disculpas que desea,
y aun tal vez disimula su artificio!
Mas quando yo os conceda, que forzado
obrasteis, y que solo mi peligro
os turbó la razon, ¿es por ventura
menor el riesgo ya? ¿los conmovidos
corazones están mas aquietados?

¿Se-

¿se han disipado ya mis enemigos?
¿clama menos el pueblo? ¿la nobleza
pondrá a sus quejas termino? ¿Vos mismo,
a quien ya los temores vencer saben,
me dais seguridad de reprimirlos?
¿Quereis que expuesta quede a una violencia?
¿del vulgo fiero al barbaro capricho?
¿de un sobervio al insulto? Quien me ama,
¿podrá esto tolerar? ¿Qué poderio,
qué autoridad, qué auxîlio me asegura
de tantos riesgos? Si es que os he debido
algun amor, Alfonso, no mi vida
expongais de esta suerte; y pues preciso
es, que me ausente, a Dios, amado Alfonso,

Llorando, y en ademan de irse.

a Dios, y el cielo:::

ALFONSO *deteniendola.*

El cielo que ha querido
a tan graves desdichas conducirmen,
y es de mi puro amor y fé testigo:
no permita que Alfonso sin tí viva.
Raquel amada, hermoso dueño mio,
¿asi a Alfonso abandonas?

RAQUEL.

Las estrellas,
el cielo asi lo manda, y mi destino.

ALFONSO.

¿Que en fin estás resuelta a abandonarme?

RAQUEL.

Quanto me pesa en este llanto explico.

ALFONSO.

Pues si mi desventura es tan notoria,

y

y esta vida, este espiritu mezquino
como inutiles prendas considero:

Sacando la espada.

acero noble, rayo que esgrimido
de mi diestra, blasones duplicasteis
a Marte poderoso, ya os dedico
a mejor ministerio: sed piadoso
instrumento de amantes sacrificios.
Y tú, Raquel, si quieres testimonios
de mi constante amor ciertos y fijos,
pues no oyes mi razon, estas alfombras
te los ofrezcan con mi sangre escritos.

En ademan de echarse sobre la espada.

RAQUEL *conteniendole.*

Deteneos: ¿qué haceis? ¿qué furia es esta?
Mirad, que de la espada el duro filo,
quando amenaza estragos a ese pecho,
los obra y executa ya en el mio.
¿No advertis, que ese golpe riguroso
será fin de mi vida? ¿Quién ha dicho,
que muerto Alfonso Octavo, Raquel puede
vivir un solo punto? ¿Habeis creido,
que á vuestra costa pueden redimirse
mis desdichas? Vivid, Alfonso mio:
vivid, que Raquel solo para amaros,
la vida quiere. Ya, Señor, me rindo,
a quanto dispusiereis: ya Toledo
será otra vez mi centro: no hay peligro,
que á trueque de agradaros me dé asombro,
que me dé susto, á trueque de serviros.

ALFONSO.

¡O portento de amor! Sea la eterna
gratitud, que te ofrezco, y sacrifico,
paga á tanto favor.

RAQUEL.

¿Y los Hebreos,
que no tienen, Señor, otro delito,
que depender de mí:::?

ALFONSO.

Ya los indulto.
Y porque tu temor desvanecido
del todo quede; porque no receles
de un vulgo osado los infieles tiros,
desde hoy de mi Cetro y mi Corona
serás dueño absoluto. Mis dominios
á tu arbitrio se rijan y gobiernen:
de todos mis vasallos los destinos
de tí dependerán publicamente,
porque todos asi te esten sumisos.
Ha de mi guardia.

Ocupando el solio.

Salen MANRIQUE, LA GUARDIA, *y acompañamiento de Castellanos.*

MANRIQUE, *y los demas.*

¿Qué ordenais?

ALFONSO.

Atentos
escuchad lo que mando y determino.
¿Soy vuestro Rey?

MAN-

MANRIQUE.

Por tal os veneramos.

ALFONSO.

¿Sois mis vasallos?

MANRIQUE.

Este distintivo
nos honra.

ALFONSO.

Y lo que yo sobre mi trono
mandáre, y dispusiere, ¿no es preciso,
que todos lo obedezcan?

MANRIQUE.

¿Quién lo duda?
nadie debe escusarse de serviros.

ALFONSO.

Está bien: y el vasallo que se opone
al gusto de su Rey ¿no es, decid, digno
de la pena mayor, y por rebelde
no se hace reo del mayor delito?

MANRIQUE.

No hay duda.

ALFONSO.

Pues supuesto, que no hay duda,
y supuesto tambien, que es gusto mio,
sabed, que hoy en mi trono substituyo
a Raquel; mi poder y mi dominio
la transfiero, y yo mismo la coloco
en mi Solio Real; esto entendido,
pues confesais, debeis obedecerme,

Colocandola en el trono.

sabed, que ya Raquel reyna conmigo.

CASTELLANOS.

¡Terrible ceguedad!

MANRIQUE.

Si es vuestro gusto,
ya os obedezco, y el primero rindo
a Raquel mi respeto.

Van los demas besando la mano á Raquel como Manrique.

RUBEN.

Bien se logra
el fin de mis astucias y designios.
Ya de nuevo respiro.

RAQUEL.

¡Qué gustoso
es el mando aun en medio de peligros?

ALFONSO.

Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado
donde nunca alcanzar podrán los tiros
de tus contrarios: ya mi imperio todo
está en tu mano: ya de tu albedrio
dependen los que quieran ofenderte.
Los doce mil soldados, que destino
para asediar á Cuenca, ya en Toledo
entrando van; fiada en tal presidio,
tu gusto ley de mis vasallos sea.

RAQUEL.

Por testimonio de tu amor lo estimo.

ALFONSO.

Y porque mi presencia no embarace,
que obres con libertad, yo me retiro.

A Dios, bella Raquel.

Vase con la Guardia.

RAQUEL.

El Cielo os guarde.
¿Qué es aquesto, fortuna? ¿Quién ha visto
tan estrañas mudanzas en su suerte?
¿Qué afectos hasta aqui no conocidos
el corazon combaten? La venganza
me inspira indignaciones y castigos:
y este asiento, que es centro de justicia,
contiene mi furor, quando me irrito.
¿Mas podré conservar mi vida acaso,
quando me cercan tantos enemigos,
por mas que este lugar me privilegie
del insulto del Pueblo? ¿El atrevido
infame Vulgo contendrá su furia,
porque yo disimule su delito?
No por cierto; que el vil nunca conoce
estas obligaciones, y al maligno,
a quien se disimula un desafuero,
licencia se le da, de repetirlo.
Prueben pues mi rigor.

Sale la GUARDIA.

GUARDIA.

Hernan Garcia,
y Alvar Fañez, creyendo, en este sitio
hallar al Rey, entrada solicitan.

RAQUEL.

Permitidlos entrar.

Vase la Guardia.

MANRIQUE.

¡Duro conflicto!

Sale ALVAR FAÑEZ *por un lado con un Pliego.*

ALVAR FAÑEZ.

Este es, Alfonso, el bando::: ¿Mas qué veo?

Sale GARCIA *por el lado opuesto.*

GARCIA.

El obsequioso Pueblo::: ¿Mas qué digo?

ALVAR FAÑEZ.

¿Es ilusion?

GARCIA.

¿Es sueño?

RAQUEL.

¿Qué os suspende?
Alvar Fañez; llegad: ¿No me habeis visto?
¿Qué os admira, Fernando? ¿Qué reparos
os detienen? ¿Habeisme conocido?

Levantandose.

Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha mucho,
insultasteis soberbios y atrevidos.
Raquel soy; ¿qué dudais? a quien Alfonso
sobstituye en su mando; a quien él mismo
en su Solio Real ha colocado;
con quien todo el poder ha dividido;
a quien ya sus vasallos mas leales
tributan los obsequios mas rendidos.
Soy, quien traidores castigar pretende;

quien

quien del rigor esgrimirá los filos
en cuellos alevosos; quien alfombras
hará a sus pies de espiritus altivos,
y será con asombros y rigores
de audacias escarmiento y exterminio.

Tomando el Pliego a Alvar Fañez, y rompiendole.

Mas tú, que de leal haciendo alarde,
solicitas mi daño y precipicio,
advierte, que asi apruebo iniquidades:
que asi injusticias corroboro y firmo.
Y tú, que Diputado de alevosos
viles Plebeyos, el enxambre indigno
tan oficiosamente representas,
les dirás de mi parte, quanto estimo
su fineza, y que ya para pagarla
prevengo hierros, lazos y suplicios.

Vase con Ruben y los demas Judios.

ALVAR FAÑEZ.

¿Es posible, que a tanto haya llegado
la ceguedad de Alfonso?

GARCIA.

Estoy corrido.
No se como he sufrido tal ultrage.
¿Manrique, es esto cierto?

MANRIQUE.

Ya lo has visto.

ALVAR FAÑEZ.

¿Y tú, lo has permitido?

GARCIA.

¿ Tú lo sufres?

MANRIQUE.

El que lo pudo hacer, es, quien lo hizo.
El Rey asi, Alvar Fañez, lo ha mandado:
asi, Garcia, Alfonso lo ha querido.
Quando su voluntad tan declarada
está, como notais vosotros mismos,
ni debe replicar ningun vasallo,
ni puede resistirla sin delito.
Yo por lo menos solo se, que debo
servir y obedecer al dueño mio. *Vase.*

GARCIA.

Vive Dios, que es deshonra, es ignominia
tal modo de pensar. ¿Pues quién te ha dicho,
infame adulador, que a su Rey sirve,
quien, como tú, sus ciegos desvarios
obedece sin replica, debiendo
conducirle a un desdoro y precipicio?
Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar Fañez,
de Alfonso ves la ceguedad: ya vimos
de esa altiva Judia la arrogancia.
¿Quién seguro estará de sus caprichos?
¿Quién no debe temer sus osadias?
¿Será razon, que el Castellano brio
obedezca las leyes de una Hebrea?
¿Será justo, que aquellos que nacimos
los primeros del Reyno, para darle
grandes exemplos, mudos y abatidos
una beldad tirana respetemos?
Y el Pueblo, que en los dos ha transigido
sus acciones y fueros, ¿será justo

que-

quede sujeto al abandono antiguo?
No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.

ALVAR FAÑEZ.

A quanto quieras, ya me determino.

GARCIA.

Redimamos el pueblo miserable.

ALVAR FAÑEZ.

Quanto pienses y digas, te confirmo.

GARCIA.

Libertemos a Alfonso de este encanto.

ALVAR FAÑEZ.

Mi vida ofrezco, para conseguirlo.

GARCIA.

Mas se debe escusar todo alboroto,
no parezca motin, el que es oficio.

ALVAR FAÑEZ.

A quanto dispusieres, me resuelvo.

GARCIA.

Pues si tú me acompañas, hoy consigo
eternizar el nombre Castellano
con la violenta empresa, que medito:
y verá el mundo en mí, quando contemple
los efectos, que ya me pronostico,
la mayor lealtad en la osadia;
pues hay casos tan raros y exquisitos,
en que es mas fiel el menos obediente,
y mas leal, el que es menos sumiso.

RAQUEL.

JORNADA TERCERA.

Salen Hernan Garcia, Alvar Fañez, *y* Castellanos.

Castellano 1.

¿ESTE descuido, Hernando, esta desidia
es el alivio, que esperar debiera
un Reyno, que tan graves infortunios
padece?

Castellano 2.

¿Asi se cumplen las promesas,
en cuya fé libraba su esperanza
el Pueblo castellano?

Castellano 1.

¿Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
en tan fuerte ocasion?

Castellano 2.

¿Qué indeferencia
tan odiosa en tan grave coyuntura
os suspende? ¿Sabeis, que Raquel reyna?
¿Que Alfonso de su encanto seducido
mas que nunca a su arbitrio se sujeta?
¿Que el Trono de Castilla venerable
ocupa ya Raquel? ¿Que la sentencia

del

del general destierro del Hebreo
está ya revocada? Que con fiestas
celebra el Israelita, y con aplausos
por Toledo su triunfo y nuestra mengua?
¿Es este de Raquel el exterminio?
¿Esas, Hernando, son vuestras ofertas?
¿Sabeis, que a su rigor quedan expuestos
los Vasallos de Alfonso? ¡Qué violencias
no intentará, creyendose ofendida!
¡Quién seguro estará de su soberbia!
¿Para esto conspiró vuestro denuedo?
¿Así se logra el fin? No: no consienta
nuestro valor, ultraje tan indigno:
Muera Raquel: quien por leal se tenga,
abrace la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indiferencia
en los Nobles, la hazaña, que a otros toca,
de la abatida Plebe empresa sea.

ALVAR FAÑEZ.

No asi culpeis de omiso, Castellanos,
mi valor. ¿Presumis, que la Nobleza
descuidar puede sus obligaciones?
¿Juzgais que del Plebeyo las miserias
puede ver, sin que exponga en su remedio
toda su autoridad? Ya está resuelta
la ruina de Raquel: vuestros enojos
sean el instrumento: de la empresa
ha de ser Alvar Fañez el caudillo.

Echando mano a la espada, y pasandose al bando de los Castellanos.

Muera Raquel: armad la invicta diestra,

Castellanos, y acabe esta ignominia
de una vez nuestro acero.

CASTELLANOS *echando mano a las espadas.*

Muera, muera.

GARCIA *deteniendolos.*

¿A dónde asi correis precipitados?
¿Qué furor os impele? ¿Qué imprudencia
os obliga a tan grave desacierto?
¿Asi rompeis de la naturaleza
las leyes sacrosantas? ¿De Españoles
se creerá accion de tanto oprobrio llena?
¿Asi de este lugar los privilegios
se traspasan, profanan y atropellan?
¿Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?
¿Sabeis, que el Cielo, y la razon condenan,
a quien le pisa menos reverente?
¿Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras
mejor la gravedad del desacato,
asi llevarte de su furia dejas?
¿Qué es esto, Castellanos valerosos?
Reportaos: el limpio acero vuelva
a su lugar; que males de esta clase
los remedia el consejo no la fuerza.

ALVAR FAÑEZ.

¿Tú, Fernando, te opones al intento?
¿Quando en la muerte de esa vil Hebrea
tratamos de la vida del Monarca,
asi el hecho acriminas y motejas?
Fernando, esto es lealtad.

GARCIA.

¿Quién os ha dicho,
o multitud ilusa, que se pueda

ofen-

ofender a Raquel, sin que de Alfonso
la autoridad y pundonor padezcan?

ALVAR FAÑEZ.

Pues si Raquel a Alfonso tiraniza,
quien quebranta sus hierros y cadenas,
quien a su Rey liberta de un desdoro,
¿no obra como leal?

GARCIA.

Y quien intenta,
que un delito castigue otro delito,
¿obra con equidad y con prudencia?
No obscurezcais asi vuestras hazañas:
confiesoos la razon de vuestras quejas:
no niego de Raquel la tirania.
Yo mismo sus excesos y violencias
acabo de sufrir: el miserable
estado de la Plebe las vocea.
Las Naciones estrañas, todo el Mundo,
que el Castellano imperio considera,
piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos
soy, el que mas que todos la desea.
Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado
podremos aprobar, que se cometa
contra el honor de Alfonso un desafuero.
¿Y qual será la vil cobarde diestra,
que se atreva a esgrimir la injusta espada
contra Raquel? ¿Será gloriosa empresa
de un Castellano acero, cuyos filos
fueron horror de huestes Agarenas,
teñirse con la sangre desdichada
de una infeliz muger? ¿Será proeza?

ALVAR FAÑEZ.

¿Qué mudanzas son estas? ¿Tú, Fernando,
en este mismo instante no confiesas
la justicia y razon que nos asiste?
¿No eres tú quien dispone, quien ordena
de este mal el remedio? ¿Para el hecho
tú mismo con tus voces no me alientas?
¿Cómo pues ya te opones?

GARCIA.

Engañado
enormemente estás, si acaso piensas,
Alvar Fañez, que puedo retraherme
de este intento jamás. Vida y hacienda,
tranquilidad, y todos quantos bienes
tiene el humano sér, al punto diera
por redimir a Alfonso y a Castilla.
A esta plausible, a esta gloriosa empresa
os animé; para esto con vosotros
conspiró mi lealtad: mas con reserva
del decoro del Rey, que es en los Nobles
el cuidado primero.

ALVAR FAÑEZ.

¿Pues nos queda,
para lograr el fin, otro recurso?
¿resta otro medio alguno?

GARCIA.

Sí, otros restan.
Y quando otros no hubiera, ¿quién haria
uso del que decis, que leal fuera?

ALVAR FAÑEZ.

Quien vea, que sus voces no se escuchan:
que sus ruegos e instancias se desprecian,

y

y que es su tolerancia y su silencio
fomento del rigor y la soberbia.

GARCIA.

¿Y esa razon escusará el delito?

ALVAR FAÑEZ.

Quien culpe nuestra accion, tambien es fuerza,
confiese, que con ella se redime
de este Reyno el baldon, del Rey la afrenta.

GARCIA.

¿Y eso no podrá hacerse, sin que manche
el Castellano nombre accion tan fea?

ALVAR FAÑEZ.

Qualquiera menos fuerte será inutil:
tú, Fernando, tú tienes la experiencia.

GARCIA.

Clausuras hay, que roben a los ojos
de Alfonso el fuerte hechizo, que los ciega.

ALVAR FAÑEZ.

¿Y no habrá aduladores, que descubran,
merito haciendo de la diligencia,
el lugar donde esté, por mas remoto
que se procure? ¿La voraz hoguera
de amor no deshará muros altivos,
recios candados, y robustas puertas?

GARCIA.

Paises hay estraños y remotos,
en que Raquel sepulte su belleza,

ALVAR FAÑEZ.

Si a un amante vulgar nada contiene,
¿qué habrá, que a un Rey amante le contenga?

GARCIA.

El presidio, que entrando va en Toledo,

pu-

pudiera acaso:::

ALVAR FAÑEZ.

¿Asi las tropas nuestras
agravia, quien las vió obrar tantas veces?
¿Son forzadas, venales o extrangeras?
¿No son gente escogida en los Concejos
de Adaja, de Arlanzon, y de Pisuerga?

GARCIA.

¿Que en fin estais resueltos, Castellanos?

CASTELLANO 2.

Querernos contener, es vana empresa.

GARCIA.

Pues, supuesto que estais determinados,
y no es posible, haceros resistencia,
solo pretendo, suspendais la furia
un breve espacio. Doble culpa fuera,
atreverse a Raquel, estando Alfonso
presente a sus ultrages; ni pudiera
vuestra intencion acaso conseguirse,
si por ventura Alfonso a comprenderla
llegase. Y pues que suele con el noble
recreo de la caza partir treguas
en la guerra de amor, esta oportuna
ocasion esperad, porque con ella
vuestra accion se asegure, y que de Alfonso
menor sea el dolor, menor la ofensa.

ALVAR FAÑEZ.

Discurres bien, Garcia; y porque notes,
que solo el bien del Reyno nos alienta,
y de Alfonso el honor, suspenderemos
por ahora el intento: mas se entienda,
que ha de morir Raquel precisamente.

CAS-

CASTELLANO 2.

Dispon, quanto juzgares, que convenga,
como a verter su sangre, se dirija.

ALVAR FAÑEZ.

Sí, Castellanos: su maldad perezca.

Vanse Alvar Fañez y Castellanos.

¡O fiera multitud, cómo se engaña,
quien, sobre tí tener arbitrio, piensa!
Mas, pues he suspendido sus enojos,
aprovechemos la ocasion estrecha.
Sepa Alfonso el peligro, a que su ciego
amoroso delirio tiene expuestas
su autoridad, y de Raquel la vida:
que por ventura, si a saberlo llega,
de sí la apartará, por libertarla.
De esta suerte Castilla se sosiega:
de Alfonso no padece el real decoro:
su vida esa infeliz tambien conserva;
que aunque tan ofendido y agraviado
me tiene, esto le debo a mi nobleza.

Sale MANRIQUE.

MANRIQUE.

Mucho siento, Garcia, haber de darte
un disgusto y pesar.

GARCIA.

¡Qué necio fuera,
quien esperára menos que pesares
en tan infames dias, en que reyna

la

la iniquidad, y estan entronizadas
la maldad, la injusticia y la violencia!
Di, Manrique, qual es: nada me asusta:
nada me admira ya.

MANRIQUE.

Raquel ordena,
salgas hoy de Toledo desterrado.

GARCIA.

¿Desterrado? ¿Y por qué?

MANRIQUE.

Porque fomentas
sediciones contra ella, y :::

GARCIA.

Sella el labio:
porque me irrita mas, que tú te atrevas,
a proferir calumnias semejantes,
que el proceder injusto de esa Hebrea.
¿Yo muevo sediciones; Vive el cielo,
que miente, quien lo dice, y quien lo piensa.
¿Qué hubiera sido de la infame sangre
de esa muger, si yo leal no hubiera
contenido los animos feroces,
que ya volaban a saciarse de ella?
¿Quién es, quien de su vida ha sido escudo?
¿Y quién acaba de ::? ¡Pero que necias
satisfacciones! Di a Raquel, que Hernando
dice, que tiene Rey a quien venera:
que solo sus preceptos obedece:
que los demas los oye y los desprecia;
y que no es de la clase desdichada
de aquellos, que por medio de vilezas
pretenden sus aumentos, como hace

alguno de su credito con mengua.
Y dila, que si juzga, que en Toledo
incomodarla puede mi asistencia,
está muy engañada: que entre tanto
que ella su perdicion busca y fomenta,
busco yo modos de librar su vida
de los continuos riesgos, que la cercan:
que vele sobre sí; pues de contrarios
poderosos la colera resuelta
contra su vida se arma nuevamente.
Debame esa cruel esta advertencia:
corresponda a un agravio un beneficio:
que asi, Manrique, Hernan Garcia se venga.

MANRIQUE.

Mi obligacion, Hernando:::

GARCIA.

La de un noble,
y la de un Castellano fiel debieras
mirar mejor.

MANRIQUE.

Los Laras de leales
siempre fueron espejo.

GARCIA.

Bien lo prueba,
el haber entregado a Alfonso en Soria
de su tirano tio a la tutela.
Nuño Almexi, que supo rescatarle,
dirá vuestros elogios.

MANRIQUE.

Fue violencia.

GARCIA.

Conveniencia dirias propiamente;

pues

pues os valió del Reyno las tenencias.

MANRIQUE.

Siempre Laras y Castros se estimaron.

GARCIA.

Mi padre lo diria, si viviera:
de quien, porque en la vida no pudisteis,
la venganza tomasteis en la huesa.

MANRIQUE.

Pero yo de vos siempre:::

GARCIA.

El enemigo
habeis sido: ya sé vuestras cautelas:
ya sé, quanto me honrais: ya lo comprendo:
y supuesto que el Rey aqui se acerca
con Raquel, repetid vuestros oficios,
reiterad sumisiones e indecencias,
obsequios afectad interesados;
mientras yo espero a Alfonso, donde pueda
darle avisos, que mas a mi honor quadren:
que liberten su solio de una ofensa:
que sosieguen disturbios y alborotos;
que esta es mi lealtad, esa es la vuestra. *Vase.*

MANRIQUE.

Corrido estoy.

Salen ALFONSO, RAQUEL, RUBEN, *y acompañamiento.*

RAQUEL *llorando.*

¿En fin determinado
estais, Señor, a hacer mas placenteras
las orillas del Tajo, con pisarlas,
en

en medio de los sustos que me cercan?

ALFONSO.

Sí, Raquel. ¿Mas tu lloras? ¿Tu suspiras?
¿Qué temes, Raquel mia? ¿Qué recelas?
¿No mandas ya en Castilla? ¿No se rigen
a tu arbitrio mis Reynos? ¿Ya tu diestra
no es el movil de todo? ¿En mis dominios
no te obedecen todos y respetan?
¿No tienes ya poder para vengarte,
si hay alguno tan necio que te ofenda?
¿No reynas como siempre en mi alvedrio?
¿Tus ordenes Toledo no venera?
¿Y en fin, no eres del todo el absoluto
dueño?

RAQUEL.

Sí, Alfonso; y solo asi pudiera
contemplarse de vos menos indigna
mi humildad. Hoy, Señor, vereis, que acierta
amor en la eleccion, que de mi hace,
y que no siempre son sus obras ciegas.

ALFONSO.

Sí, Raquel mia: amor te ha coronado.
Y porque tengas desde luego pruebas
de la estabilidad de tu govierno,
y quan segura estás aun en mi ausencia,
al placer ordinario de la caza
intento no negarme. Nuevas fuerzas
a las Guardias se aumenten de Palacio
a mayor prevencion. Asi desecha,
Raquel hermosa, esos recelos vanos,
que te causan pesar. Contigo queda
el alma, que te adora; y pues me brindan

 del

del Tajo ya las placidas riberas.
A Dios, bella Raquel.

Vase Alfonso con el acompañamiento.

RAQUEL.
El cielo os guarde.
¡Quanto, ay de mí, que os ausenteis, me pesa!
¿Qué es esto, congojado pecho mio?
¿Corazon, qué temor te desalienta?
¿Qué sustos te atribulan? ¿Ya Castilla,
a mi arbitrio no rinde la obediencia?
Pues, corazon, ¿qué graves sobresaltos
son los que te combaten, y te aquejan?
Sin duda debe ser, que como el cielo
no te crió para tan alta esfera,
como es el Solio regio, mal se halla
tu natural humilde en su grandeza.
Tomen exemplo en mí los ambiciosos,
y en mis temores el sobervio advierta,
que quien se eleva sobre su fortuna,
por su desdicha y por su mal se eleva.
¿Mas cómo asi me agravio neciamente?
¿Mi valor, mi hermosura, las estrellas,
el cielo mismo, que dotó mi alma
de tan noble ambicion, y la fomenta,
no confirman mi mérito? ¿Pues cómo
me puedo persuadir, que exceso sea
de la suerte el supremo, el alto grado,
en que está colocada mi belleza?
El frivolo accidente del origen,
que tan injustamente diferencia

al

al noble del plebeyo, ¿no es un vano
pretexto, que la misera caterva
de espiritus mezquinos valer hace
contra las almas grandes, que en las prendas,
con que las ilustró prodigamente
el cielo, las distingue y privilegia?
No hay calidad, sino el merecimiento:
la virtud solamente es la nobleza.

Sentandose.

Esto supuesto, ¿habeis, Ruben, mandado
disponer mis decretos?

RUBEN.

Ya la Hebrea
Nacion por mí las gracias te tributa
por lo mucho, Raquel, que te interesas
en su alivio. Los pechos, que pagaba,
los servicios, las cargas, y gavelas
estan ya suspendidas, y dispuesto
el reintegro tambien de todas ellas
a costa del Erario, cómo mandas;
y porque este tampoco asi padezca,
al Pueblo Castellano se duplican
los impuestos.

RAQUEL.

¿Razon acaso fuera,
que quando de este Reyno los Vasallos
en riquezas abundan y en haciendas,
repartiesen con pobres estrangeros,
cuya industria y trabajo son sus rentas,
las cargas del Estado? Fuera injusta
politica.

RUBEN.

Tambien, segun ordenas,
el bando se ha dispuesto, que prohibe,
que dentro de Toledo nadie pueda
armas traer sin el real permiso:
y aunque con la noticia descontenta
está la gente ardiente y belicosa,
viendose desarmar, que efecto tenga
el mandato a su tiempo, no lo dudes.

RAQUEL.

Asi se humillará tanta soberbia.

RUBEN.

Las cabezas del publico alboroto
se buscan; pues se sabe con certeza,
que no le fomentó Fernan Garcia,
para que se haga un escarmiento en ellas.

RAQUEL.

Está bien: mas de Hernando las audacias
se deben castigar.

RUBEN.

Ya le destierras.

MANRIQUE.

Y yo, Raquel, que le he notificado
el orden, soy testigo de la fiera
altivez, con que a tí, y a tus decretos
vilipendió.

RAQUEL *levantandose.*

Pues luego se le prenda:
como a reo de estado se le trate;
y probada su torpe inobediencia,
hoy le vea Toledo en un cadalso,
donde a un verdugo rinda la cabeza.

RUBEN.

Corto castigo a tanta demasia.
Aqueso sí, Raquel: todo perezca,
quanto a tu elevacion contradixere,
quanto pueda oponerse a tu grandeza.
Haz, que Castilla sienta tus rigores:
de sangre criminal las calles riega:
no quede Castellano sospechoso,
que no adore tu planta, o que no muera.

RAQUEL.

¡Cómo adulan mi oido esas palabras!
¡cómo Ruben:::!

CASTELLANOS *dentro.*

Sin nota de vileza
ya sufrir mas la lealtad no puede.

RAQUEL.

¿Ruben, qué nueva confusion es esta?

GARCIA *dentro.*

Reportaos, Castellanos: no desdore
vuestra fama, y renombre accion tan fea.

CASTELLANOS *dentro.*

Es tirania, ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza.

MANRIQUE.

Voces del Pueblo son alborotado.

RAQUEL.

¿Del Pueblo? ¿qué pretende?

RUBEN.

Acaso intenta
demostrar con su publica alegria,
que en tus elevaciones se interesa.
¡Quánta fuerza me hago, al pronunciarlo!

Mucho temes, Ruben: mucho recelas.

RAQUEL.

¿Ha de la Guardia? ¿Pero qué es aquesto?
¿Nadie me oye? ¡Ay de mí! ¿Todos me dexan?
Examina la causa de este exceso,
Manrique.

MANRIQUE.

Al Rey con la mayor presteza
buscaré, que sabiendo tanto insulto,
volará, a remediarle. *Vase.*

RAQUEL.

Ya mas cerca
el rumor se oye.

CASTELLANOS *dentro.*

Ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza.

RUBEN.

¡Ay de mí! ¿qué es aquesto? el pueblo todo
segunda vez se arma en nuestra ofensa.
¿Donde me esconderé, que el riesgo evite?

RAQUEL.

¡Ay de mí triste! ¿qué desdicha es esta?
¿Qué es aquesto, Ruben? ¿No has escuchado?

RUBEN.

Estas son las funestas consequencias,
que por mas que esforzaba el artificio,
temí de mi ambicion y tu soberbia.
Del extremo peligro, en que nos vemos,
ella ha sido la causa: considera
el triste fin, que las maldades tienen,
y huye de tanto riesgo, como puedas.
No pongas mas en mí la confianza;

que

que no valen ya astucias, ni cautelas. *Vase.*

RAQUEL.

¡O caduco traidor! ¡Qué tarde llego
a conocerte! Tus iniquas reglas,
tus consejos mi mal han producido;
¿Y ahora de mí huyes, y me dejas?
¡Mas ay de mí! ¡O Alfonso descuidado,
con quán justa razon lloré tu ausencia!
¿Qué haré? dame remedio, ingenio mio.
¡Mas, ay! que la atrevida voz sangrienta
entre quejas me intima mi desgracia,
diciendo, que el sufrir es ya vileza.
Ya el tirano cuchillo, que el airado
brazo contra mí esgrime, me amedrenta;
y ya parece; que en copiosas fuentes
el humor se desata de mis venas.
¡Qué horrorosa es la imagen de la Parca
a una alma enamorada! ¡O! quien pudiera
revocar con el ayre de un suspiro
a Alfonso! Pero ya que se decreta
mi muerte, el contemplar, que es por amarle,
menor hace el dolor, menor la pena.
Y vosotros ministros injuriosos
de la ferocidad y la inclemencia,
llegad apresurados. ¿Qué os detiene?
Dad la muerte a Raquel, que ya la espera.

Sale GARCIA.

GARCIA.

La vida vengo a darte, no la muerte;
aunque no fuera estraño, lo temieras,

quando ofendes mi honor con tanto ultrage.
El Pueblo, (ya lo escuchas) la sentencia
fulmina contra tí, y en mil espadas
te amenaza la muerte: su fiereza
ni atiende mi valor, ni mi respeto.
La misma guarnicion, que en tu defensa
ha llegado, comun hace la causa.
Tomadas estan ya todas las puertas,
para lograr su intento. Yo, que a Alfonso
venero con la fé mas verdadera,
que cuido del honor de su corona,
y solo su servicio me desvela;
quando todos tu muerte solicitan,
guardo tu vida; mi lealtad atenta,
al salir a la caza, le esperaba,
para avisarle de la torpe y fiera
resolucion del pueblo; mas él ciego,
por adular tu indignacion proterva,
no solo no me oyó; pero ni quiso
admitirme siquiera a su presencia.
Y aunque pudo el desayre retraherme
de mi designio, valgate, el ser prenda
de mi Rey y Señor; el ser yo noble;
el ser leal Vasallo: mis querellas
personales pospongo a su decoro:
que esto manda el honor y la nobleza.

RAQUEL.

¿Cómo aleve, traidor:::?

GARCIA.

Raquel, no es tiempo
ni de satisfacciones, ni de quejas.
Yo soy leal; jamas tu muerte quise,

y si lo quieres ver, tienes la prueba.
Resuelvete, Raquel: a esos jardines
de la Torre vecina da una puerta,
que el no uso tiene ya quasi olvidada,
criados y caballos, que me esperan,
prevenidos estan: el imminente
riesgo salvemos: demos asi treguas,
a que volviendo Alfonso, se remedie
tan grave mal.

RAQUEL.

Ya alcanzo tus cautelas.
¿Quieres valerte tu de ese artificio,
para hacer tu venganza mas secreta?

GARCIA.

Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

RAQUEL.

Muera yo, como nada a ti te deba.

GARCIA.

Advierte, que tu muerte es ya precisa.

RAQUEL.

Si te creyese, mas precisa fuera.

GARCIA.

¿Qué en fin quieres perderte?

RAQUEL.

No te escucho.

GARCIA.

¿No me quieres seguir?

RAQUEL.

Estoy resuelta.

GARCIA.

Asi mueres sin duda.

RAQUEL.

¿Y si te sigo,
será acaso mi muerte menos cierta?

GARCIA.

¿Pues si hubiera artificio en mis palabras,
y aspirara a vengarme, no lo hiciera
impunemente por agena mano
en tanta confusion?

RAQUEL.

En vano empleas
razones, que no pueden persuadirme;
si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
y si son verdaderas, porque el hecho
me llena de rubor, y de verguenza. *Vase.*

GARCIA.

¡Valgame Dios, como permite el cielo,
que los malos se cieguen, quando intenta
castigar sus delitos y maldades!
¿Pero qué podré hacer? Ya la violencia
penetra hasta este sitio.

ALVAR FAÑEZ Y CASTELLANOS, *con las espadas desnudas.*

ALVAR FAÑEZ.

Castellanos,
muera aquesta tirana.

CASTELLANOS.

Muera, muera.

GARCIA.

Barbaros, cuyo insulto a sacrilegio
pasa ya: ¿qué furor os atropella?

no

¿No contiene ese Solio vuestras iras?
¿del lugar lo sagrado no os refrena?
¿Sois Castellanos? ¿Sois:::?

CASTELLANO 2.

Porque lo somos,
de este lugar vengamos las ofensas.

ALVAR FAÑEZ.

Y porque nos preciamos de leales,
borrar queremos las indignas huellas,
que le profanan, con la sangre misma
del sugeto, que obró la irreverencia.
Ea pues, Castellanos, examine
nuestro cuidado hasta las mas secretas
camaras de este Alcazar; y tú, Hernando,
no hagas a nuestro intento resistencia;
pues tu valor expones a un desayre,
y tu fidelidad a una sospecha. *Vase.*

GARCIA.

¡O ilusion temeraria! en el delito
cifrais la lealtad. ¡O quien pudiera
contener el exceso! Mas si a Alfonso
corro a avisar, Raquel expuesta queda;
si en su defensa expongo yo mi vida,
¿podré lograr acaso, con perderla,
librar la suya? ¡O extremos infelices!
¿Si acaso, viendo el riesgo, se aprovecha
de mi aviso Raquel? Hacia el postigo
parto veloz con intencion resuelta
de libertarla, aunque mi vida arriesgue.
Pero Ruben:::

Sale RUBEN *huyendo.*

RUBEN.

¡O horror! o muerte! ¡o tierra!
¿cómo a este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
y esconde en ellas mi cansada vida:
librame de los riesgos, que me cercan.
¡Qué susto! ¡qué pesar! ¿Nadie se duele
de mí?

GARCIA *sacando la espada.*

Sí, infame.

RUBEN.

Tu rigor modera:
ten, Fernando, piedad: no me des muerte.

GARCIA.

Vil consejero, horrible monstruo, fiera,
cuyo aliento mortal inspiró tantas
maximas detestables a esa Hebrea,
que por fin su desdicha han producido,
y la tuya tambien; aunque merezcas
bien la muerte cruel, que estás temiendo,
sabe, que aqueste acero en tu defensa
arma mi brazo.

RUBEN.

Cielos, ¿qué he escuchado?

GARCIA.

Y que a Raquel, si el cielo no lo niega,
he de librar a costa de mi vida.
No por tí, infame Hebreo: no por ella:
por ser leal: por ser Garcia de Castro,

y

y porque el mundo por mis hechos vea,
que el noble noblemente ha de vengarse;
y que quando del Rey el honor media,
a su decoro deben posponerse
propios agravios y privadas quejas. *Vase.*

RUBEN.

¡O palabras terribles! ¡Quánto engaño
padece aquel, que juzga de apariencias!
¡Quién tal creyera de su altaneria!
Mas ¡ay de mí! la debil planta apenas
puedo fijar. ¡Qué sustos, qué congojas
me oprimen! ¡O ambicion, quánto acarreas
de males, al que necio te da entrada!
Ya sin duda a Raquel la furia ciega
habrá dado la muerte: ya la mia
se apresura: ¡ay de mí! ¿Pero no es esta?
¿No es Raquel la que huyendo hacia aqui viene?
¡o si evitar pudiese, que me viera!

Retirase detras del Solio.

Sale RAQUEL.

RAQUEL.

¡Oh muger desdichada! A cada paso
el corazon desmaya, el pie tropieza.
¡O peligro! ¡o dolor! De mil espadas
huyendo vengo: ni en la fuga acierta
mi confusion: el miedo me deslumbra.
Ya el tropel se avecina: ya no queda
refugio a mi temor. Lugar sagrado,
Al Solio.

cuya ambicion es causa de estas penas,
sed mi asylo esta vez, si otra vez fuisteis
teatro de mi orgullo y mi soberbia:
encubridme a lo menos::: ¿Mas qué miro?
¡Tú aqui, Ruben! ¡tú, infame! ya no espera
remedio mi desdicha; pues no pueden,
donde esté tu maldad, faltar tragedias.
Ya ves, como se lucen tus doctrinas,
maestro infame, que en tu torpe escuela
el arte me enseñaste, de perderme.
Castellanos, volad: nada os detenga;
aqui a Raquel teneis, que ya gustosa
morira, si Ruben muere con ella.

RUBEN.

¿Cómo, Raquel::? Si el cielo:: ¿Mas qué escucho?

ALVAR FAÑEZ *dentro.*

Entrad: no os detengais: romped las puertas,
si estorvasen la entrada.

RAQUEL.

¡Ay de mí triste!
¡qué confusion! ¡qué susto!

Salen ALVAR FAÑEZ, *y* CASTELLANOS *con las espadas desnudas.*

CASTELLANOS.

Muera, muera.

RAQUEL.

Traydores::: ¿Mas qué digo? Castellanos,
Nobleza de este Reyno, ¿asi la diestra
armais con tanto oprobrio de la fama
contra mi vida? Tan cobarde empresa

no

no os da rubor y empacho? ¿Los ardores,
a domar enseñados la sobervia
de barbaras esquadras de Africanos.
contra un aliento femenil se emplean?
¿Presumis hallar gloria en un delito,
y delito de tal naturaleza,
que complica las torpes circunstancias
de audacia, de impiedad y de infidencia?
¿A una muger acometeis armados?
¿el hecho, la ocasion no os averguenza?
¿Será blason, quando el Alarbe ocupa
con descredito vuestro las fronteras,
convertir los aceros a la muerte
de una flaca muger, que vive apenas?
¿Qué causa a tal maldad os precipita?
¿qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

ALVAR FAÑEZ.

El habito, Raquel, de hacer tu gusto,
y tu misma maldad hacen, no veas
las causas, los principios de este enojo:
bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras,
y bien tu disimulo nos confirma
la justicia y razon, que nos alienta.

RAQUEL.

¿Pues mi delito es mas, que ser amada
de Alfonso? ¿que pagar yo su fineza?
¿en qual de estas dos cosas os ofendo?
¿Está en mi arbitrio, hacer que no me quiera?
Si el cielo, si la fuerza de los astros
le inclinan a mi amor, ¿en su influencia
debo culpada ser? ¿Puede el humano
alvedrio mandar en las estrellas?

Mas

Mas ya sé, que direis, que mi delito
es el corresponderle. Quando intenta
la malicia triunfar, ¡o como abulta
frivolas causas, vanas apariencias!
¿Pude dejar de amarle, siendo amada?
Si un Rey con solo su precepto fuerza,
a su imperio juntando las caricias,
su amor, su alhago, las heroycas prendas,
que le hacen adorable, ¿bastaria
algun esfuerzo, a hacerle resistencia?
Juzgad con mas acuerdo, o Castellanos:
ved, que el enojo la razon os ciega:
remitid esta causa a mas examen:
atended:::

ALVAR FAÑEZ.

Ya está dada la sentencia.

RAQUEL.

Mirad, que es la pasion, quien la fulmina.

ALVAR FAÑEZ.

No, tirana: tu culpa te condena.

RAQUEL.

¿Que en fin he de morir? Aqueste llanto:::

ALVAR FAÑEZ.

No nos mueve, Raquel: no tiene fuerza.

RAQUEL.

¿Lo negro de la accion no os horroriza?

ALVAR FAÑEZ.

Si de la Patria el bien se cifra en ella,
timbre la juzgarán, y si de Alfonso
el honor restauramos, es proeza.

RAQUEL.

¿Y su honor restaurais, quando atrevidos

muer-

muerte le dais? ¿Sabeis, que se aposenta
su alma con la mia? ¿que es mi pecho
de su imagen altar? ¿que de las fieras
puntas, que penetraren mis entrañas,
es fuerza, que el dolor las suyas sientan?
¿No veis, que él morirá, si yo muriere?

ALVAR FAÑEZ.

El rayo del furor la torpe hiedra
abrasará sin que padezca el tronco,
que ella aprisiona con lascivas vueltas.

RAQUEL.

¿El amarle, llamais::: ?

ALVAR FAÑEZ.

Amor te mata;
si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

RAQUEL.

No, traidores; no aleves; no cobardes;
y si porque amo a Alfonso, me sentencia
vuestra barbaridad, no me arrepiento:
nada vuestros rigores me amedrentan.
Yo amo a Alfonso, y primero que le olvide,
primero que en mi pecho descaezca
aquel intenso ardor, con que le quise,
no digo yo una vida, mil quisiera
tener, para poder sacrificarlas
a mi amor. ¿Qué dudais? Mi sangre vierta
vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco
tan voluntariamente, abrid mil puertas;
que no cabrá por menos tanta llama,
tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

RUBEN *sacando el puñal.*

A lo menos Ruben sin defenderse,

no ha de morir.

ALVAR FAÑEZ.

Matadlos. Mas no sea
nuestro acero infamado con su sangre.
Este Hebreo, que el cielo aquí presenta,
ha de ser, Castellanos, su verdugo.
Tú, Ruben, si salvar la vida intentas,
pues consejero fuiste de sus culpas,
ahora executor sé de su pena.

RAQUEL.

¡O cielos, que linage de tormento
tan atroz!

RUBEN.

¡Yo:::!

ALVAR FAÑEZ.

Ruben, no te detengas,

poniendole la espada al pecho.

si pretendes vivir.

RUBEN.

Pues sino hay medio,
conserve yo mi vida, y Raquel muera.

Hierela.

RAQUEL.

¡Ay de mí!

ALVAR FAÑEZ.

Pues está ya herida, huyamos.

Vanse Alvar Fañez, y Castellanos.

RAQUEL.

?Tú me hieres, Ruben? ¿Tú? ¿Satisfecha

no

no estaba tu maldad, con haber sido
la causa de perderme: ¡dura pena!
sino que eres, infame, el instrumento
de mi muerte tambien? Mas no es tu diestra,
Hebreo vil, la que me dá la herida:
amor me dá la muerte. ¡Qué torpeza
mis miembros liga! ¿Amado Alfonso mio,
dónde estás? ¿Qué descuido asi te aleja?
¿Asi morir consientes, a quien amas?
¿En tanto mal, a quien te adora, dejas?
Vuela Alfonso: ¡Ay de mí! ¡o amor! ¡o muerte!

Apoyandose en la silla.

Y tú, o trono, que causas mi tragedia,
ayuda a sostener el cuerpo debil,
que el alma desampara: Alfonso, vuela,
y recibe este aliento, que el postrero
es de mi vida. ¡Ay Dios! ¡Qué mal se esfuerza
el corazon! Alfonso::: amado Alfonso:::
¿Qué te detiene? ¿Cómo a ver no llegas:::?

Cayendo al pie de la silla.

Salen ALFONSO, Y MANRIQUE, *escuchando.*

ALFONSO.

Cierta es ya mi desdicha. ¡Mas qué veo!

Precipitado hacia Raquel.

¡Raquel! ¡Ay infeliz! ¡Raquel! ¿Tú muerta?

RAQUEL.

Sí: yo muero: tu amor es mi delito:

la plebe, quien le juzga y le condena:
Solo Hernando es leal: Ruben, ¡qué ansia!
me mata: Y yo por tí muero contenta.

ALFONSO.

¡Ay infeliz de mí! ¡O amor ¡O golpe
duro y mortal! ¡O mano infame y fiera!
Raquel mia, mi bien, ¿quién de esta suerte
de purpura tiñó las azuzenas?
¿Qual fue el aleve, qual el fiero brazo,
que la flor arrancó de tu belleza?
¿Qué tempestad furiosa descompuso
tu lozania? ¿Qué envidiosa niebla
abrasó los verdores de tu vida?
¿Qué venenoso aliento, qué grosera
planta infame ultrajó tus perfecciones?
¿Quién el cobarde fué, que en tu inocencia
ensangrentó el acero? Dueño amado,
mi Raquel: ¿no me oyes? ¿Tú te niegas
a Alfonso? Dadme muerte, penas mias.
Contigo glorias los pesares eran,
y sin tí ya, ¿qué puedo prometerme,
que no sea dolor, pesar no sea?
¿Mas muerta tú, yo vivo, y no te vengo?
¿Qué es aquesto, dolor? ¿Qué es esto, ofensas?
¿Pero no dices tú, Ruben me mata?
¿Quál el motivo fué? Pero que necias
mis dudas son, Raquel. ¿Tú, no le acusas?
Pues muera este traidor, y con él mueran
quantos::: Mas cielos::: O cruel, ¿alarde

Reparando en Ruben.

haciendo estás de tu delito?

Ru-

RUBEN.

Templa
el furor un momento, mientras digo,
Alfonso, mi disculpa.

ALFONSO.

¿Puede haberla,
traidor, para una accion tan horrorosa?

RUBEN.

De tus mismos vasallos la violencia,
el temor de la muerte y su amenaza
me han obligado a hacerlo.

ALFONSO.

¡O vil empresa!

Tomale el puñal.

¿Y esa es disculpa? Amado dueño mio,
en venganza recibe de tu ofensa

Híerele.

la vida de este aleve por primicias
de otras muchas. Las lobregas tinieblas
del infierno sepulten tus maldades.

RUBEN *cayendo.*

Quien con ellas vivió, muera por ellas.

Sale GARCIA.

Alfonso::: ¿Pero qué es, lo que estoy viendo?

ALFONSO.

La mas infame hazaña, la mas fea,
la maldad mas obscura, y detestable.

 Muer-

Muerta ves a Raquel a la violenta
furia de mis vasallos.

GARCIA.

¡Qué desdicha!
Yo Alfonso: : :

ALFONSO.

Tu lealtad, y tu nobleza
se ya, Hernando: Raquel la ha publicado.

MANRIQUE.

Sí, Garcia: muriendo la confiesa.

ALFONSO.

Mas al cielo protesto, que es testigo
de accion tan inhumana, y tan sangrienta;
a los hombres, que el hecho escandaliza,
al mundo, que le culpa y le detesta,
a la fidelidad de los leales,
a mí mismo, a este trono, cuyas regias
prerogativas se hallan ultrajadas,
y a tí, o Raquel, que con tu sangre riegas
de este lugar el tragico distrito,
la mas atroz venganza: porque vean,
los que tengan noticia de la injuria,
que si hubo, quien osase cometerla,
tambien hubo, quien supo castigarla.
Venganza, amor: quien te ha ofendido, muera.

Salen ALVAR FAÑEZ, *y* CASTELLANOS.

ALVAR FAÑEZ *de rodillas.*

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes,
satisfaccion tomar de esta, que ofensa

a

acaso juzgarás, y por servicio
reputamos nosotros, las cabezas
a tus pies ofrecemos, que no importa
morir, quando tu honor vengado queda.

ALFONSO, *poniendo mano a la espada.*

¿Cómo, traidores? ¿Cómo desleales:: ?

GARCIA, *deteniendole.*

Señor, si con vos tiene alguna fuerza
mi ruego, reprimid vuestros enojos;
a la justicia remitid la queja:
Mirad, Senor, que el celo los disculpa.

ALFONSO.

Tienes razon, que el santo cielo ordena,
por mas atroz que sea su delito,
que quien le cometió, disculpa tenga:
Yo tu muerte he causado, Raquel mia:
mi ceguedad te mata: y pues es ella
la culpada, con lagrimas de sangre
lloraré yo mi culpa, y tu tragedia.
Yo os perdono, vasallos, el agravio:
alzad del suelo, alzad: Sirvaos de pena
contemplar lo horroroso de la hazaña,
que emprendisteis en esa beldad muerta.

TODOS.

Confusion y dolor causa su vista.

GARCIA.

Escarmiente en su exemplo la soberbia:
pues, quando el cielo quiere castigarla
no hay fueros, no hay poder que la defiendan.